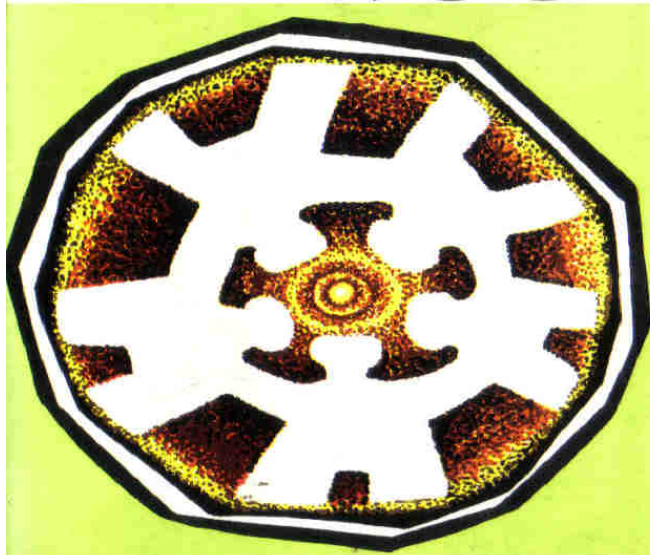


+ LA PROCLAMACION DEL EVANGELIO



KARL BARTH

COLECCION DIALOGO

LA PROCLAMACION DEL EVANGELIO

DIALOGO - B

16

KARL BARTH

La proclamación del evangelio

EDICIONES SIGUEME

Apartado 332

SALAMANCA

1969

Tradujo FRANCISCO BÁEZ sobre la edición original francesa *La proclamation de l'évangile*, publicado por Éditions Delachaux et Niestlé de Neuchâtel. Salamanca, 8 de noviembre de 1969

Cubierta de Jesús Galdeano Echarri

© *Delachaux et Niestlé, 1961*

© *Ediciones Sígueme, 1969*

Es propiedad

Printed in Spain

Depósito Legal: S. 285-1969

Núm. Edición: ES. 446

Industrias Gráficas Visedo. Hortaleza, 1. Telef. *21 70 01 - Salamanca, 1969

CONTENIDO

<i>Introducción.....</i>	9
1. Definiciones fundamentales de la predicación.....	11
2. Caracteres esenciales de la predicación.....	17
La predicación debe conformarse a la revelación.....	19
Carácter eclesial de la predicación.....	29
Fidelidad doctrinal de la predicación.....	39
Fidelidad apostólica de la predicación.....	43
Carácter provisional de la predicación.....	51
Carácter bíblico de la predicación.....	55
Originalidad de la predicación.....	63
La predicación debe adaptarse a la comunidad	67
Inspiración de la predicación.....	71
3. Preparación de la predicación.....	73
Elección del texto.....	77
La preparación propiamente dicha.....	80
La función receptiva.....	80
La función espontánea.....	84
Redacción, introducción, unidad y conclusión de la predicación.....	98

INTRODUCCION

Cierto número de mis trabajos no han sido publicados hasta ahora ni siquiera en alemán; sin embargo han llegado ocasionalmente a conocimiento de círculos privados. Entre éstos se encuentra un curso que di en su momento —no me acuerdo exactamente de su tiempo y lugar— sobre este tema: “La predicación y la forma de prepararla”.

Como se puede comprobar, me he permitido hacer una incursión en el terreno de la teología práctica. Si este libro cae entre sus manos, los maestros de esta disciplina habrán de perdonarme la libertad que me he tomado y juzgar este trabajo con indulgencia.

En cuanto a los elementos dogmáticos de este pequeño curso, habrá de recordarse que en la época en que lo di, era aún relativamente joven;

desde entonces, han pasado bastantes años y con ellos quizás he conseguido algunos conocimientos; al menos así lo espero. Sea lo que sea, desde el punto de vista dogmático, de nada importante me arrepiento; y, por lo que concierne al texto presentado en este volumen, no veo absolutamente nada que cambiar.

Por lo demás, aquel que conoce la bella y límpida traducción francesa que Fernand Ryser ha hecho de mi Dogmática, se apercibirá sin esfuerzo de que digo en ella exactamente las mismas cosas que ahora, aunque con un fundamento y una formulación un poco diferentes.

Aquí, se trata ante todo de algunas normas y sugerencias de orden práctico que me parecen, todavía hoy, esenciales y dignas de ser meditadas, o, al menos, de ser leídas con alguna atención y de ser discutidas. A nadie le rehúso el derecho a criticarlas.

Podría ser interesante para un joven teólogo despierto comparar algunas de mis predicaciones —por ejemplo las de la serie “A los cautivos la libertad” o simplemente los tres esquemas que doy en este volumen— con los principios aquí desarrollados, y ver en qué medida permanezco fiel a mí mismo.

Bâle, mayo 1961.

Prof. Dr. KARL BARTH

1

DEFINICIONES FUNDAMENTALES DE LA PREDICACION

ESTE estudio es el desarrollo de las dos definiciones siguientes:

1. La predicación es la Palabra de Dios pronunciada por él mismo. Dios utiliza como le parece el servicio de un hombre que habla en su nombre a sus contemporáneos, por medio de un texto bíblico. Este hombre obedece así a la vocación que ha recibido en la Iglesia y, por su ministerio, la Iglesia realiza la misión que le corresponde.

2. La predicación es fruto de la orden dada a la Iglesia de servir a la Palabra de Dios, por medio de un hombre llamado a esta tarea. Para este hombre se trata de anunciar a sus contemporáneos lo que deben oír de Dios mismo, explicando, en un discurso en el que el predicador se expresa libremente, un texto bíblico que les concierne personalmente.

¿Por qué estas dos proposiciones? Porque el hecho de la predicación presenta un doble aspecto: Palabra de Dios y palabra humana.

Si queremos definir teológicamente lo que ocurre cuando un hombre predica, no podemos hacer otra cosa que ofrecer indicaciones, poner puntos de referencia. Por encima de la reflexión humana, nos vemos remitidos a Dios que dice la primera y la última palabra. Dios no puede ser encerrado en ningún concepto: vive y actúa con su soberana autoridad.

El teólogo debe recorrer un doble camino: el del pensamiento ascendente y el del pensamiento descendente. Con ello, sólo cumple su misión de anunciar la Palabra de Dios de una manera fragmentaria e imperfecta. Pero si realiza correctamente esta tarea, está seguro de hacer lo que tiene que hacer, lo que debe hacer.

Su discurso es libre, personal. No es ni una lectura, ni una exégesis. Dice la Palabra que ha oído en el texto de la Escritura, tal como él mismo la ha recibido. Su misión, como predicador, es parecida, en algún sentido, a la de los apóstoles. También él tiene, en otro plano, una función profética.

La tentativa de servir a la Palabra de Dios, de anunciarla, está encomendada a la Iglesia. El término que viene bien aquí para explicar la situación es *Ankündigung* (anuncio de un acontecimiento por venir) más que *Verkündigung* (anuncio de lo que ya es). Dios va haciéndose

oir; es él el que habla, no el hombre. Este último sólo anuncia (*ankündigen*) que Dios va a decir alguna cosa. En esta palabra *Ankündigung* no está incluida la idea de un llamamiento a una decisión por parte del que escucha. Esta decisión, que únicamente tiene lugar entre el hombre y Dios, no es elemento constitutivo de la predicación.

Esto no excluye del todo la posibilidad de que la predicación sea un llamamiento. De hecho, para decir exactamente las cosas, es un llamamiento dirigido a la Iglesia de los creyentes. Pero la decisión depende de la gracia divina, o mejor de ese misterio que es la relación cara a cara del hombre y Dios. El predicador debe saber que esta decisión no depende de él.

Añadamos que el concepto de predicación no encontraría fundamento alguno en la experiencia. Es un concepto teológico que se basa en la fe sola. Lo hemos dicho, la predicación no tiene más que un sentido: indicar la verdad divina. No puede ir más allá de su carácter mismo de concepto para adquirir una forma tangible.



2

CARACTERES ESENCIALES DE LA PREDICACION

2. CARACTERES ESENCIALES DE LA PREDICACION

*La predicación debe conformarse
a la revelación*

VEAMOS, primeramente, el aspecto *negativo* de esta declaración. Significa: el papel del predicador no consiste en revelar a Dios o en servirle de mediador. El acontecimiento de la predicación es el *Deus loquitur*: así, pues, no es tarea nuestra revelar lo que esto sea, ni tampoco, una revelación que pasaría por nosotros, a través de nosotros.

En cualquier circunstancia, debemos respetar el hecho de que Dios mismo se ha revelado (epifanía) y se revelará (parusía). Todo lo que acontece en la predicación, que se sitúa entre el primer y segundo adviento, es acción del mismo sujeto divino. La revelación es un círculo cerrado donde Dios es el sujeto, el objeto y el término medio.

De aquí resulta como consecuencias prácticas:

1. La predicación no puede pretender ser la transmisión de la verdad de Dios. No puede tener por fin demostrar a Dios por una prueba intelectual, exponiendo más o menos largamente algunas teorías. No hay otra prueba de Dios que la aportada por Dios mismo. No tenemos tampoco que exponer la verdad de Dios bajo una forma estética por medio de imágenes inútiles o presentando a Jesucristo a través de efusiones sentimentales.

Cuando Pablo dice a los gálatas que les ha puesto ante los ojos a Jesucristo crucificado, no hace alusión a unos discursos en los que habría usado artificios estéticos para herir la imaginación de sus oyentes. Para él, describir a Jesucristo es anunciarlo sin florituras. Nosotros estamos bajo el mandato: "No harás ninguna escultura ni imagen". Ya que Dios quiere decir su verdad, su Palabra, por sí mismo, queda prohibido al predicador el inmiscuirse en esta Palabra con su ciencia y su arte. Desde este punto de vista, la figura de Cristo en el arte, el crucifijo en la iglesia, como también la presentación de imágenes espirituales de Dios se vuelven problemáticas.

2. El predicador tampoco debe buscar establecer la realidad de Dios. Su tarea es la de construir el reino de Dios. Debe conducir hacia una decisión. Su mensaje debe ser auténtico y comunicar algo vivo. Debe poner al desnudo la situación del hombre y colocarlo así delante de Dios. Sin embargo, sobrepasa ya sus límites cuando esta confrontación con Dios es concebida (Kierkegaard) como una "enfermedad" que conduce

a la muerte". Ciertamente esta expresión supone cosas que están implicadas en la predicación, pero concierne a la acción de Dios. Que el hombre no intervenga en lo que no es de su incumbencia.

Si se pretende que el hombre debe convertir, atraer a su fe a aquel a quien se dirige, esto no se puede comprender más que en este sentido: tener conciencia de lo que se produce con ocasión de su testimonio. Creer, para el predicador, es poner la mirada en Cristo de tal manera que delante de la asamblea no dé pie para pensar que dispone de Cristo y del Espíritu, sino que es éste quien tiene la iniciativa en lo que se hace. Dios no es un *Deus otiosus*: es el autor de la obra que se realiza. Sólo podremos actuar obedeciendo a nuestra tarea y no como gente que se hayan señalado a sí mismos su programa y su meta.

Nuestra predicación no es cualitativamente diferente de la de los profetas y apóstoles que lo han "visto y tocado", aunque difiere en el hecho de que se produce en otro momento de la historia. Los profetas y los apóstoles se sitúan en el momento de la revelación histórica cuyo documento es la Escritura. Nosotros damos testimonio de la revelación. Pero si Dios habla sirviéndose de nuestra palabra, entonces, de hecho, se cumple este acontecimiento: profetas y apóstoles están ahí, incluso si es un simple pastor el que habla. Sin embargo, debemos ignorar este papel y no considerarnos a nosotros mismos como profetas; si Cristo se digna hacerse presente con ocasión de nuestra palabra, es precisamente por-

que ahí hay un acto del mismo Dios, y no nuestro. El hecho de que las cosas sucedan así quita al predicador todo derecho a fabricarse su propio programa.

Así, toda empresa *autónoma*, toda tentativa tanto hacia un fin teórico —presentarse con un tema, un propósito— como hacia un fin práctico —conducir a los oyentes a una actitud determinada— no sería más que un atentado contra lo que Dios mismo quiere hacer por medio de la predicación. Si el predicador se impone como tarea exponer una cierta idea bajo una forma cualquiera —incluso si esta idea es el resultado de una exégesis seria y adecuada—, en tal caso no es la Escritura misma la que habla, sino que se habla sobre ella. Para ser positiva, la predicación debe ser una explicación de la Escritura. Yo no tengo que hablar sobre, sino *de* (*ex*), sacando de la Escritura lo que digo. No tengo que decir, sino repetir. A fin de que sólo Dios hable, ningún tema, ningún propósito sacado de mi propio haber debe intervenir. Quizás, posteriormente, tendría que preguntarme si no me he dejado influenciar por una idea mía personal, o si no tuve la intención de llegar a una unidad que solamente Dios podía producir. De cualquier forma, sigamos la dirección que es peculiar al texto, mantengámonos en él, y no nos planteemos cuestiones sobre un tema, que podría, según nos parece, desprenderse del texto.

En relación con lo que acabamos de decir, la elección del texto puede presentar justamente un peligro, en el sentido de que se escoge un

texto acomodado al tema que se prefiere tratar: ¡recurrir a la Biblia para sacar de ella una cosa que está de acuerdo con mis pensamientos! Es ya suficientemente peligroso tener que hablar con un texto particular a una comunidad también particular, y en una situación concreta. En esta situación concreta puede suceder que Dios hable y realice un milagro. Pero nosotros no debemos incluir un milagro, por adelantado, en nuestra predicación. De otra manera, sería fácil para el predicador, erigirse en papa que se permitiera aportar, dentro de su comunidad, sus ideas personales, presentándolas como Palabra de Dios.

Veamos ahora el aspecto *positivo* de esta afirmación: la predicación debe conformarse a la revelación. Debemos partir del hecho de que Dios mismo quiere revelarse. Es él quien quiere dar testimonio de su revelación. Es él quien la realiza, y quiere realizarla. De esta manera, la predicación tiene lugar en la obediencia escuchando la voluntad de Dios. He ahí el acontecimiento en el que el predicador se encuentra comprometido, que forma parte de su vida, y que dirige su predicación tanto en su contenido como en su forma. La predicación no es un acto neutro, ni una acción entre dos socios. No puede ser más que soberanía por parte de Dios, y obediencia por parte del hombre.

Sólo cuando la predicación está orientada por esta relación, puede considerarse como *kerygma*, es decir, como un nuevo anuncio hecho por un heraldo que cumple así su tarea. En tal caso, el

predicador es omnipotente. Pero para ser omnipotente necesita la omnipotencia de aquel que lo ha enviado. El *kerygma* significa entonces: venir de la epifanía de Cristo para ir en pos del día del Señor. Por esto la predicación neotestamentaria consiste en este doble movimiento: "Dios se ha revelado", "Dios se revelará".

Lo que hemos dicho hasta aquí, implica las siguientes consecuencias:

1. La predicación tiene un punto de partida absoluto: Dios se ha revelado. Esto significa: la Palabra se ha hecho carne. Dios ha asumido la naturaleza humana. En Cristo, se ha apropiado del hombre caído. El hombre perdido es llamado a la casa. La muerte de Cristo es la última palabra de esta encarnación. En él, nuestra falta y nuestro castigo son alejados, suprimidos. En él, el hombre es rescatado de una vez para siempre. En él, Dios se ha reconciliado con nosotros. Creer, es ver, saber, reconocer que esto es así.

Por tanto, si la predicación está dominada por este punto de partida, no puede concebirse más que en la actitud del hombre que recibe. El predicador sabe, sin duda alguna, que todo es puesto en orden por Dios mismo. Sin embargo, siempre está acechado por la tentación de anunciar el pecado del hombre o de denunciar sus ideas erróneas. Ciertamente es necesario hablar del pecado y de los errores humanos, pero hay que hacerlo mostrando que el pecado ha sido aniquilado y el error destruido. Porque, o es verdad que el hombre ha sido perdonado, o no hay per-

dón completo. No se puede hablar del pecado más que como llevado por el cordero de Dios.

Igualmente, la predicación en la que el evangelio es separado de la ley no es cristiana. ¿Cómo anunciar el evangelio sin oír también la ley, olvidando el “temerás y amarás a Dios”? Este peligro se percibe principalmente en el calvinismo.

Además, la predicación está conducida por un movimiento desde la primera hasta la última frase. No se trata de la convicción, de la seriedad o del entusiasmo del predicador. La predicación recibe este dinamismo partiendo del hecho de que “la Palabra se ha hecho carne”, y dejándose guiar constantemente por ella. Si se observara esta regla, cuántas introducciones serían inútiles. El dinamismo no consiste tanto en ir hacia los hombres cuanto en que Cristo vaya a su encuentro. De esta manera, la predicación tiene un movimiento descendente; nunca debe tender a alcanzar una cumbre. ¿No está ya todo cumplido?

2. Decíamos más arriba: la predicación tiene un punto de partida único, a saber, que Dios se ha revelado. Es necesario decir también: tiene igualmente un punto único de llegada, el cumplimiento de la revelación, de la redención que viene a nuestro encuentro.

De un extremo al otro, el nuevo testamento se dirige hacia el cumplimiento de la salvación. Pero esto no contradice el “todo se ha cumplido de una vez para siempre”. El Cristo que ha venido es también el mismo que volverá. La vida

de la fe está orientada hacia este día de la parusía. Este punto de partida y este punto de llegada se resumen en esta declaración: "Cristo es el mismo ayer, hoy, eternamente". Y puesto que todo lo esperamos de Cristo, se puede decir que cristología y escatología son una misma cosa. De esta manera, la revelación está tanto delante como detrás de nosotros.

De aquí resulta que la predicación se mueve en un clima de espera. No está instalada confortablemente en la fe, en la salvación, como si la gracia divina manifestada en el pasado nos permitiera reposar tranquilamente. Ciertamente hay certeza profunda y alegre; pero existe también la preocupación grave y seria del que vigila, porque el cumplimiento debe venir. La predicación, como también toda la vida cristiana, se desarrolla entre el primero y segundo adviento.

Marchamos en la fe, no en la visión (2 Cor 5, 7). Si viviéramos en la visión no tendríamos nada que esperar. No habría ayer ni mañana. Pero vivimos en la fe, es decir, venimos de Cristo y vamos a Cristo. Paz y alegría por ambas partes, pero en esta marcha se va de la riqueza al despojo, y del despojo a una nueva riqueza. La predicación debe expresar esta marcha en la fe, lo que quiere decir que la certeza confiante no es cristiana, si no está atravesada por la sed de una salvación futura realizada en Cristo en la plenitud. Cristo ha venido, Cristo vuelve, nosotros esperamos su día: tal es la consigna. "La Palabra se ha hecho carne" y tiene por corolario: "Amén, ven pronto, Señor Jesús".

La tendencia del luteranismo es la de fundarse en lo que está detrás de nosotros, y por eso, su predicación peca de estar inclinada siempre hacia el dogmatismo y la experiencia religiosa. Sin embargo, Flp 3 se relaciona con Flp 2: después de haber mostrado nuestra vocación cristiana, el apóstol declara: "No es que haya alcanzado ya la meta, pero corro..." Hay dinamismo en la tranquilidad de la fe. La predicación debe proclamar con certeza que "todo se ha cumplido", pero también que "todo debe ser cambiado". Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva. Sí, lo sabemos, estamos reconciliados con Dios, pero somos huéspedes que esperan el cumplimiento de: "He aquí que hago nuevas todas las cosas". Por esto toda la predicación está transida por la esperanza. El "ahora" cristiano no es otra cosa que el paso del ayer al mañana, de la epifanía a la parusía. En esta perspectiva, somos un pueblo que marcha en la noche, viendo una gran luz. "La noche está avanzada, el día se aproxima". No hay que olvidar estos dos puntos de referencia, para que el mensaje sea conforme a la revelación.



*Carácter eclesial
de la predicación*

LA predicación tiene lugar en este medio llamado Iglesia: está ligada a la existencia y a la misión de la Iglesia. Precisamente por esta razón debe ser conforme a la revelación. Ahora bien, hay que notar que ésta se sitúa en el marco del antiguo y del nuevo testamento. Se trata, pues, de un acontecimiento particular, concreto, que ocupa un tiempo determinado en la historia, y no de un hecho de contenido general, que pueda producirse en todo tiempo y lugar. Por consiguiente, la predicación no habla de cosas que dependen de la existencia humana en su estado natural y en sus determinaciones históricas; no se inspira en una filosofía o concepción del mundo y de la vida, sino únicamente en este acontecimiento particular, don de Dios en la historia.

Además señalemos que, en la predicación, no se trata de un esfuerzo del hombre para añadir algo a la revelación. El movimiento que va del primer al segundo adviento no lo provocamos nosotros: es únicamente gracia y obra de Dios. Es Dios quien viene hacia los hombres, y no los hombres quienes se elevan, por sus propios medios, para conquistar lo que Dios les destina.

De esta forma, nuestra tarea se resume en lo siguiente: reflexionar sobre el acontecimiento único, don de la gracia de Dios. Si reconocemos la imposibilidad que tenemos para hacer algo, entonces constatamos que no podemos escoger, por razones filosóficas, políticas o estéticas, el terreno de la predicación. No hay más que uno impuesto por la fuerza de las cosas, que es la Iglesia.

Existe ahí una relación que es anterior a todo lo que conocemos sobre esta tierra en cuestión de relaciones (familia, sociedad, pueblo, raza). Esta relación tiene un carácter completamente distinto al del orden de la creación. En la Iglesia, donde resuena la Palabra de la reconciliación, todas las otras relaciones aparecen como manchadas de impureza, como contaminadas, sumergidas en la esfera de la caída y, como tales, condenadas. Pero esta misma Palabra nos dice también que el mal está curado, y que todo el peso de las consecuencias del pecado está eliminado. Por lo demás, en la Palabra de la reconciliación, existe también el mensaje de la creación.

Cuando ella es conforme a lo que Dios nos ha revelado, la predicación crea la reconciliación. Y

ahí, donde los hombres reciben esta Palabra, está la Iglesia, el conjunto de aquellos que han sido llamados por el Señor. Sólo en el terreno de la revelación se puede legítimamente predicar, y nunca sobre el fundamento de una reflexión acerca del hombre y el cosmos. Sólo porque resuena esta llamada, y porque los hombres pueden escucharla, es por lo que existe una Iglesia. Así el carácter eclesiástico de la predicación se deriva inmediatamente de la conformidad con la revelación.

Conviene clarificar lo anterior resaltando dos puntos. La Iglesia auténtica está caracterizada por el hecho: *Evangelium pure docetur et recta administrantur sacramenta* (Confesión de Augsburgo, VII). Estos dos conceptos: *sacramentos* y *predicación* del evangelio ponen de manifiesto la unión entre la Iglesia y el carácter de conformidad con la revelación.

Hablemos en primer lugar del sacramento, que es rico en significación. Porque no se puede saber lo que es la predicación sin saber lo que es el sacramento. Sólo hay predicación en el sentido exacto del término allí donde el sacramento la acompaña y la esclarece. ¿Qué ocurre con el sacramento? El signo visible remite al acontecimiento de la revelación que fundamenta a la Iglesia y constituye la promesa, lo cual no sucede con la predicación o con cualquier otro acto eclesiástico. Porque el sacramento no es únicamente una palabra, es un acto material y visiblemente realizado.

El bautismo confirma la pertenencia de un hombre a la Iglesia. Con el bautismo, no con el nacimiento, comienza la vida. Estar bautizado significa que esta relación entre la revelación y el hombre, que se realiza en una situación bien determinada, está establecida (Rom 6, 3). Si el bautismo caracteriza el acontecimiento que está en el punto de partida, la cena es, por su parte, el signo del mismo acontecimiento, pero de cara hacia el futuro que esperamos (1 Cor 11, 26).

Por consiguiente la predicación se verifica en esta Iglesia donde se realizan el sacramento de la gracia y el sacramento de la esperanza, siendo cada uno de ellos los dos a la vez: puesto que sacramento y predicación sólo pueden tener sentido en la Iglesia, cada uno se legitima por su relación con el otro. De hecho la predicación saca su contenido del sacramento que en sí mismo es una referencia en acto al acontecimiento de la revelación. La predicación es comentario, interpretación del sacramento; tiene el mismo sentido que éste pero en palabras. Si reconocemos que esto es así, comprenderemos que la predicación sólo es posible en el ámbito de la Iglesia, donde, en el bautismo y en la cena, el hombre está llamado por Dios mismo a pertenecer al cuerpo de Cristo, a ser alimentado a lo largo de su viaje hacia la vida eterna. Debemos saber que todos los hombres que escuchan están bautizados, están llamados a participar de la gracia; y que lo que ha comenzado en ellos encontrará su cumplimiento.

De esta manera, el origen y el fin de la predicación y el camino que ella recorre toman un aspecto más concreto, gracias a esta referencia al bautismo y a la cena. Se ve mejor el puesto del mensajero de la Palabra.

Después de estas consideraciones de orden teórico, veamos ahora cómo suceden las cosas en la Iglesia evangélica. Aparece a simple vista un defecto. En los ambientes de la reforma, la Iglesia sacramental de Roma ha sido reemplazada por una Iglesia de la Palabra. Muy pronto la predicación llegó a ser el centro de gravedad, quedando con un carácter más restringido la celebración del sacramento. Y actualmente, ¿qué vemos? Por un lado la Iglesia romana, Iglesia del sacramento, en la cual la predicación carece de valor; por otro, la Iglesia evangélica en la que también hay un sacramento, pero que no forma parte integrante y obligada del culto. Las dos posiciones son una especie de destrucción de la Iglesia. ¿Qué puede significar una predicación que se presenta ostentosamente en detrimento del sacramento, una predicación que no hace referencia al sacramento que debe interpretar? No vivimos de lo que el pastor sabe decir, sino del hecho de que estamos bautizados, del hecho de que Dios nos ha llamado. Por lo demás se ha reconocido esta laguna en nuestros días y se ha intentado rellenarla por todos los medios posibles (renovación de la liturgia, enriquecimiento del culto por medio de la música, etc.). Sin embargo estos paliativos están llamados al fracaso desde el comienzo, porque caen fuera del verdadero problema.

En los círculos que preconizan estos métodos de renovación del culto, se quiere buscar sin razón un fundamento en Lutero. La intención del reformador al intentar mantener lo más posible lo que era válido en la liturgia romana, era ante todo darle un lugar a la cena. Y Calvino no cesaba de insistir sobre la necesidad de un servicio eucarístico en cada culto dominical. Y justamente esto es lo que nos falta hoy día: el sacramento todos los domingos. Se debería hacer de la manera siguiente: al comienzo del culto, bautizar en presencia de la asamblea; al final del servicio, la cena; en medio, entre los dos sacramentos, la predicación, que tendría de esta manera su pleno significado. Entonces esto sería *recte administrare sacramentum et pure docere evangelium*. Mientras no hayamos comprendido el auténtico significado del culto evangélico en su totalidad, faltará eficacia a nuestros esfuerzos teológicos y a nuestros movimientos litúrgicos. Solamente tendrá su lugar la liturgia donde se realice correctamente un culto, con predicación y sacramento; porque sólo de esta manera puede desempeñar su oficio, que es el de conducir al sacramento. No hay que separar la administración de los sacramentos del anuncio del evangelio, porque la Iglesia es una dimensión totalmente física e histórica, porque es un cuerpo visible y real que al mismo tiempo es cuerpo invisible y misterioso de Cristo, y porque es ambas cosas a la vez. _

Ciertamente, seríamos mejores protestantes si nos dejásemos instruir sobre este punto por

el catolicismo romano. No descuidar la predicación, como ha sucedido con tanta frecuencia, sino restituir a su lugar legítimo el sacramento. Nos podemos preguntar si la razón última de nuestros esfuerzos litúrgicos no es más que un deseo de encaminarnos hacia las "bellas ceremonias" de la Iglesia de Roma. Lo que hemos de buscar en ellos, no es un enriquecimiento litúrgico, sino sólo el verdadero significado del sacramento en la Iglesia. Sería un buen protestantismo el que admitiera esto y, al mismo tiempo, se esforzara por tener una buena predicación.

La predicación sólo consiste en repetir lo que concierne a la revelación, acontecimiento anterior. Y, si queremos distinguir los dos acontecimientos a que se refiere, diremos que existe, de un lado, el sacramento, y, del otro, la sagrada Escritura. El sacramento remite al *hecho* de la revelación, a lo que Dios realizó. La sagrada Escritura remite a la *cualidad* de la revelación. Es inútil oponer el sacramento a la predicación. No pueden ser separados, puesto que son los dos aspectos de una misma realidad.

La revelación, acción divina, tiene lugar dentro de la vida y de la historia humanas. Pero la Iglesia no puede transmitirla de una manera inmediata. Para que este acontecimiento sea siempre actual y verdadero necesita de la sagrada Escritura, que es el testimonio de los intermediarios de esta revelación. Estos intermediarios son los profetas y los apóstoles.

La Iglesia reposa sobre el fundamento de los testigos que fueron llamados de una manera particular a ser sus apóstoles. Cuando se da testimonio de la revelación, es decir, cuando se lee y explica la Escritura, la Iglesia debe comprender que no vive sólo para sí, que esta vida no es su propia vida, una vida que sacaría de su propio haber, sino que está fundada sobre la acción única y exclusiva de Dios realizada en Israel y en Cristo, que son los dos polos de la revelación: un pueblo y un salvador. Por una parte, este pueblo errante que, en su incapacidad de cumplir la ley, cae frecuentemente en el pecado y que sin embargo no es abandonado por Dios; por otra, la superabundancia de la gracia, el salvador del pueblo, el cumplimiento de la ley y por ello, del evangelio.

Comprendemos que la revelación no puede ser concebida como un principio de carácter general, que regiría la relación entre Dios y el mundo. Por el contrario, es un acontecimiento que sólo se realiza una vez. Por esta razón, la Escritura tiene un carácter concreto, y no es un sistema de pensamiento. El hecho de que nos atengamos estrictamente a la Escritura es un signo del carácter único, único en el tiempo y único en la forma, de la revelación.

La Iglesia no representa a la humanidad en general en su relación con Dios; ella es la humanidad reunida por obra de la revelación; por eso está fundada sobre la Escritura. Si la Iglesia está constituida por el testimonio de los apóstoles, intermediarios de la revelación, ¿cuál es, en

este contexto, el papel de la predicación? Únicamente tiene que explicitar este testimonio.

Esto nos lleva a considerar la predicación a partir de un texto. Tiene que ser exclusivamente bíblica. Y atenerse, a la vez, al sacramento y a la Palabra de los profetas y apóstoles. No podemos dar razón de esta preferencia por la Biblia, ni decir por qué elegimos esta literatura. Partimos de este hecho: la Iglesia es el lugar donde se abre la Biblia. Ahí habló y habla Dios. Ahí nos da una misión, una orden. Fundándonos en la Biblia nos atrevemos a hacer lo que hay que hacer. Estos escritos que están ahí delante de nosotros son anteriores a nuestro testimonio, y la predicación debe tener en cuenta lo que anteriormente ha sido dado. Respecto a la Biblia, nuestra independencia es tan pequeña como la que un niño puede tener frente a su padre.

Como conclusión de este apartado, diremos que el carácter eclesiástico de la predicación está garantizado cuando ésta se inspira en el sacramento y la conformidad a la Escritura.



*Fidelidad doctrinal
de la predicación*

HASTA aquí, hemos mostrado cómo la predicación está sometida a un orden. Ella es misión y mandato. Por esto tiene un carácter doctrinal.

Cuando nos proponemos educar a los hombres, podemos soñar con seguir un plan y fijarnos una meta. Esta sería la tarea del predicador, si la Iglesia se propusiera educar a la humanidad, hacer verdaderos hombres. Pero no puede ser así conociendo cuál es la función propia de la Iglesia. La Iglesia no es una institución destinada a mantener al mundo en el camino recto, no es una institución al servicio del progreso del mundo. La Iglesia, con su predicación, no es una ambulancia en los campos de batalla de la vida. Por otra parte, no debe tampoco buscar la instauración de una comunidad ideal de las almas,

corazones o espíritus. Todas estas cosas tienen su valor, ciertamente, y debemos preocuparnos de ellas. Y pueden entrar accesoriamente en la predicación. Por lo demás, todo esto juega forzosamente un papel, como en la vida ordinaria. El predicador, como todos los cristianos, vive en el mundo y no puede sustraerse a estas cosas. Pero, a partir del momento en que la predicación toma esto como *meta*, no tiene más razón de ser. Actualmente lo comprendemos cada vez mejor, cuando todas las fuerzas civilizadoras han sido asumidas por otras organizaciones distintas de la Iglesia. Suponiendo que la Iglesia desapareciera un día —éste, por ejemplo, era el punto de vista de Richard Rothe, que preconizaba la fusión progresiva de la Iglesia con el estado— los periódicos, la radio, las obras sociales, la psicología, la política, bastarían para cuidar de la vida del alma, de la familia. Si se trata de moralidad pública o de tareas de este género, los hijos de este mundo saben bastante más que la Iglesia y disponen de medios superiores. En este caso la Iglesia no es más que la quinta rueda del coche... ¡y ni siquiera una rueda de recambio!

Es necesario, pues, reflexionar seriamente sobre la misión que incumbe a la Iglesia. Necesitamos hombres que obedezcan a una orden que se les haya impuesto de fuera, a una necesidad anterior a todo lo que constituye nuestra existencia, como es el nacimiento o la muerte. La Iglesia no puede hacer más que reconocer simplemente todo esto: ha sido dada una orden que debe ser cumplida. La existencia de la Iglesia se

justifica solamente si ella comprende que está fundada en una llamada. Por consiguiente, no tiene un plan —este plan pertenece a Dios— sino una tarea que cumplir. La predicación, en el desarrollo del culto, debería ser el anuncio de su obediencia a esta tarea que le ha sido confiada por Cristo.

De todo esto resultan las siguientes consideraciones:

1. La predicación debe someterse a la fidelidad doctrinal. Se trata de la confesión de fe, que no es un resumen de ideas religiosas sacadas de nuestro propio haber, sino lo que creemos y confesamos, lo que recibimos y creemos porque hemos oído la revelación. La confesión es una respuesta del hombre a lo que ha dicho Dios. Y cada predicación es una respuesta de la que somos responsables.

Lo que ocurre entonces no tiene nada que ver con un plan o idea que nos hayamos forjado en nuestro espíritu. Aquí obedecemos, lo que quiere decir: escuchamos la Palabra de Dios y respondemos de acuerdo con la confesión de fe. No se trata, naturalmente, de predicar las confesiones de fe, sino de tener como meta y límite de nuestro mensaje la confesión de la Iglesia, de colocarnos donde se coloca la Iglesia.

2. Hay una segunda consecuencia práctica: el elemento *edificación*. ¿Qué debemos construir? Evidentemente la misma Iglesia. Pero edificar la Iglesia no debe entenderse en el sentido de *El pastor de Hermas*, en el que esto significa: “con-

tinuar la construcción", "construir sobre un edificio en vías de construcción". Edificar la Iglesia, es reconstruirla cada vez de arriba abajo. La Iglesia debe construirse sin interrupción, continuamente debemos aceptar la orden que se nos da, reasumir la obediencia. "Por la obediencia hacia la obediencia", tal es la marcha del cristiano. La Iglesia es una comunidad situada bajo la revelación y edificada por la escucha de la Palabra de Dios. La edificación se realiza por la gracia de Dios, con vistas a la vida. En este marco, entonces sí, pero solamente entonces, podemos hablar de educación de los hombres, de ayuda moral y espiritual a la humanidad. Hay lugar para construcciones secundarias a la sombra de la edificación principal. "Buscad primero el reino de Dios y su justicia", "una sola cosa es necesaria".



*Fidelidad apostólica
de la predicación*

EN el seno de la Iglesia encargada de anunciar la buena nueva, un individuo sale de la masa para dar testimonio, ante la comunidad, de la redención y salvación del hombre realizadas en Cristo. Juntamente con el problema de la fidelidad doctrinal del que acabamos de hablar, se plantea aquí el de la legitimidad de este acto individual. A excepción del oficio del apóstol, no está subrayada particularmente en el nuevo testamento la función del predicador. No podemos deducir ninguna doctrina sobre esta función a partir de las indicaciones que se nos dan sobre aquellos que fueron llamados por los apóstoles para este oficio y reconocidos por la comunidad.

En cuanto a la función apostólica, queda ligada a la fundación y existencia de la Iglesia. En Mt 16, 18-19 (cf. Mt 18, 15-20), se ve que la

Iglesia está instituida en un orden determinado: Pedro es representante de los apóstoles, y la comunidad se distingue del apostolado.

Si consideramos ahora en la Iglesia tal como existe a partir del período apostólico, vemos que la *ecclesia una, sancta*, es, en cuanto *una*, a la vez *ecclesia docens* y *ecclesia audiens*. Donde hay Iglesia siempre se da esta situación. No se repite lo que se dio al principio, porque la institución del apostolado sólo sucedió una vez. Después de los apóstoles, los hombres llamados para esta misión deben continuar haciendo lo mismo que los apóstoles. Y en la medida en que la Iglesia es cuerpo de Cristo, el predicador es, en cierta manera, *successor apostolorum, vicarius Christi*. La *predicatio verbi divini* y la Iglesia constituyen una sola cosa, porque "la Palabra de Dios no puede existir sin el pueblo de Dios" (Lutero).

Después de los apóstoles, el predicador, como ministro de segunda categoría, realiza, en una determinada comunidad, lo que los apóstoles hicieron para la Iglesia entera. En vista de esta investidura de *vicarius Christi* realizada por Dios mismo, la problemática sobre este hombre revestido de este cargo es secundaria. El verdadero problema es saber si la Iglesia es verdaderamente la Iglesia de Jesucristo; es decir, si cuando un hombre anuncia la Palabra y otro la escucha, la misma Palabra de Dios es oída y recibida por la acción del Espíritu Santo.

Hoc Evangelium ubicumque sincere predicatur, ibi est regnum Christi. Ubique verbum est,

ibi est Spiritus Sanctus, sive in auditore, sive in doctore (LUTERO, W. A. xxv, 97).

Todos los criterios que pudiéramos indicar *in concreto* acerca de un ministerio auténtico son relativos, porque solamente pueden ser criterios humanos. Sin embargo, retengamos cuatro de estos criterios, de los que se puede hacer depender, desde un punto de vista humano, la legitimidad de la función.

1. El predicador debe sentirse interiormente llamado. Debe conocer la necesidad de la vocación y adherirse a ella de todo corazón. Y, sin embargo, la "imposibilidad de hacer otra cosa" implica muchos problemas. Por ejemplo, éste: ¿no sería tal vez la satisfacción de un deseo propio esa pretendida exigencia interior? Notemos que la llamada interior, que creemos reconocer, solamente es decisiva cuando no procede ni de nuestro saber, ni de nuestro sentimiento, sino de esta voz imperativa que es la de Dios.

2. Los textos relativos a los obispos y a los diáconos en las cartas pastorales (1 Tim 3, 1-7; 3, 8-13; 2 Tim 4, 1; 4, 5-9) contienen unos catálogos helénicos de virtudes, de órdenes concernientes al que asume la función de predicador. "Hombre irreprochable", no debe comprometer esta función con un modo de vida contrario a la moral y a las costumbres vigentes. Su modo de actuar no debe ser demasiado extraño ni depender en exceso de las contingencias humanas, demasiado humanas de este mundo, porque no debe atraer la atención sobre su persona de una ma-

nera inútil para no desviar la atención del evangelio. Estas recomendaciones éticas tienen evidentemente como fin recordar que el servidor de la Palabra asume su cargo delante de Dios. Pero si se percibe que estas órdenes emanan de la ley de Dios, el hombre debe reconocer que falta constantemente. Sólo porque está justificado en Cristo, por la fe, puede presentarse delante de Dios.

3. Por otra parte, en las cartas pastorales se requiere siempre del predicador que sea competente (1 Tim 3, 2; 2 Tim 2, 24). Según la costumbre de la Iglesia, entendemos por esto la cultura científica de los teólogos. El predicador no tiene derecho a ampararse perezosamente en el Espíritu Santo para los asuntos de su cargo. Con toda modestia y seriedad, debe trabajar, luchar para presentar correctamente la Palabra, sabiendo perfectamente que el *recte docere* sólo puede ser realizado por el Espíritu Santo. Por eso, la Iglesia, si tiene conciencia de sus responsabilidades, no puede tolerar que cualquiera tenga derecho a anunciar la Palabra sin cultura teológica. Sin embargo, no olvidemos que la verdadera predicación nos la enseña el Espíritu Santo, ya que la cultura teológica está sometida a él.

4. Como hemos notado, el predicador tiene una posición diferente de la de los apóstoles: el puesto que ocupa, lo ocupa por voluntad de la comunidad. La función que ocupa pertenece a la *Ecclesia*. Viene de la comunidad y se ejerce en la comunidad. Sin embargo, el hecho de ser

llamado por una comunidad no impide que él deba tener la llamada de Dios.

Acabamos de recordar cuatro criterios que caracterizan la llamada de Dios. Pero no nos compete fijar los límites de esta llamada. Es Dios quien funda la Iglesia, es él quien instituye el ministerio y designa a aquél que debe cumplirlo. Actúa así donde y cuando quiere. Pero el hecho es que este hombre debe siempre responder a los cuatro criterios que emanan de esta llamada de Dios la cual constituye para él el problema fundamental. Esta llamada es la que da todo su peso a estos criterios humanos. Les da su peso, pero al mismo tiempo subraya su relatividad. Sobre este problema fundamental no hay nada que discutir; sólo podemos aceptarlo y secundarlo asumiendo el ministerio con las exigencias que implica. De esta manera, por nuestra acción obediente, la revelación y la Iglesia encargada de anunciar la Palabra se hacen visibles.

Cuando cumple su ministerio en este clima, el hombre no busca la satisfacción de su interés individual, de sus inclinaciones, de sus convicciones y de su voluntad propias. Pero aunque siempre tenga algo de esto, es necesario que, en su acción, aparezca esta realidad: Dios ha hablado, habla. Allí donde se cumple esta subordinación de la voluntad y de la acción humana a la voluntad y acción de Dios, hay predicación cristiana legítima.

¡Fidelidad apostólica de la predicación! La firme esperanza del oyente consiste en oír hablar de la gran obra a cuyo servicio se encuentra el

predicador al que escucha, este hombre que es sólo un hombre, con su naturaleza y condiciones. Ahora bien, el acto que realiza siempre es problemático, e incluso, en cierto sentido imposible. Pero nos encontramos ante este hecho: Dios ha querido intervenir en el plano humano por medio de un hombre a pesar de las debilidades inherentes a la naturaleza humana. La "fidelidad apostólica de la predicación" significa para el predicador que él es consciente de las debilidades inherentes a su acción. Pero no se deja paralizar por su debilidad; se apoya sobre esta realidad: Dios se ha revelado. Sabe que la voluntad divina, que se ha dado a conocer y que actúa en el plano humano, cubrirá su debilidad y su miseria, conferirá a su acción una cualidad que no puede darle por sí mismo. Viviendo del perdón de Dios, realizará su labor simplemente en la obediencia, sin dejarse amedrentar, porque sabe que Dios lo ha ordenado.

Aún es necesario señalar que esta fidelidad apostólica de la predicación no debe caracterizarse por un único criterio desde el punto de vista de la psicología, tanto para el predicador como para el oyente. La simplicidad o la objetividad podrían ser unos indicios. O incluso el éxito: por ejemplo, un despertar de la comunidad. Pero estas cosas no pueden ser consideradas como criterios válidos. Lo único que cuenta es hacer oír la Palabra de Dios. Y no podemos saber lo que ocurre en este momento, porque el efecto que produce esta Palabra depende de Dios. Por esto nos remitimos a él, creemos en él, en lo que él hace.

Hacíamos notar más arriba que la Iglesia debe ser fundada siempre de nuevo; se crea continuamente por el anuncio y la audición de la Palabra. De esta manera la Iglesia-institución es una espera de la Iglesia; avanza por el camino en el que se produce el acontecimiento que crea a la Iglesia.

Debemos ver las cosas en la misma perspectiva con respecto al hombre destacado del conjunto de la comunidad, con vistas a ejercer en ella un ministerio particular. Este acto recibe su eficacia de la vocación dirigida por Dios. Por esta razón, la ordenación no es un acto de jurisdicción eclesiástica, sino una referencia a la llamada de Dios. Es necesario, naturalmente, que el que es ordenado reciba la Palabra de Dios que se expresa en la ordenación. Palabra que debe recibir siempre de nuevo en su ministerio.

El nombramiento no es un problema relevante de la teología, sino del *usus* eclesiástico. No hay que decir que detrás de esta vocación en sentido restringido debería siempre existir la plena vocación de Dios.

De esta forma respecto a la dirección y orden de la Iglesia, deberíamos tener en cuenta los cuatro criterios de los que hemos hablado. La Iglesia no debe tolerar la pretensión de que alguien se atribuya una función que no responda a estos criterios. Frecuentemente junto con la *vocatio ordinaria*, existe siempre la posibilidad de una *vocatio extraordinaria*. Dios no está supeditado a la ordenación de la Iglesia; al margen de la organización eclesiástica, puede tener a bien lla-

mar a un hombre para predicar su palabra. Pero entonces la vocación de tal hombre deberá ser examinada y apreciada por la Iglesia en lo que toca a su fidelidad escrituraria.

Al pasar revista a los elementos constitutivos de la predicación se incorpora un término empleado más arriba para definirla. Hemos dicho que es “una *tentativa*, que la Iglesia ha recibido la orden de realizar”. La problemática sugerida por la palabra “tentativa” nos lleva a examinar el carácter provisorio de la predicación.



*Carácter provisional
de la predicación*

LA palabra *provisional* (*vorläufig*) tiene aquí un sentido más profundo que de ordinario. Significa: “lo que no ha tocado a su fin”. Por carácter “provisional”, o de “anterioridad”, queremos decir que la predicación precede a algo de lo que ella es el signo anunciador. Es como el heraldo (*Vorläufer*) que precedería (*vorauslaufen*) a un rey.

Abordamos aquí el paso de la justificación a la santificación. Porque la predicación es una acción humana, es decir, manchada por el pecado; pero también está ordenada y bendecida por Dios, es decir, acompañada de una promesa. En esta parte de nuestro estudio, consideramos la predicación como orientada hacia la ética, hacia la ley, lo cual nos conduce a los conceptos de justificación y de santificación.

Ver la predicación en la perspectiva de una acción humana es ver al mismo tiempo al hombre incapaz e indigno de Dios. Y sin embargo, esta acción tiene un gran significado, no en sí misma, ciertamente, porque su realización por parte del predicador no le confiere ningún valor. Pero este significado encuentra su origen en los conceptos de "revelación", "Iglesia", "fidelidad doctrinal", "fidelidad apostólica" descritos más arriba. Lo cual significa que el predicador es remitido a Cristo, por el hecho de haber realizado su acción en cuanto pecador; está justificado por Cristo, Señor de la Iglesia. El es el primero que necesita vivir de esta acción de Dios que justifica, de la fe que se resume en el "no temas, cree solamente".

Sin embargo, no nos imaginemos que por eso se da una transformación de este hombre, o la infusión de una nueva *naturaleza* que viene de un ser superior y que lo enriquecería. En absoluto. La justificación es el resplandor del rostro de Dios en el hombre, que sigue siendo hombre. Hablar aquí de vida nueva significa: mirar a esta luz, vivir de ella. Es la salvación, en sentido escatológico, que suprime la oposición entre lo viejo y lo nuevo; la salvación entendida como el cumplimiento futuro de lo que tenemos y de lo que somos ya bajo la promesa.

La predicación es una tentativa emprendida con nuestros medios humanos insuficientes por todos los conceptos. Aquí el hombre no puede apoyarse en lo que saque de su persona. Pero por parte de Dios que resucita a los muertos y llama

a la vida a lo que no existe, esta tentativa es una *obra buena*, acompañada de su promesa y de su bendición con tal que realmente se predique por mandato suyo.

Veamos otro aspecto de la cuestión: ¿cómo es posible que mi acción sea buena y santa? He aquí un pecador perdonado llamado a predicar la Palabra. ¿Cuál es su situación? No se trata aquí de virtud sino de obediencia ante la bondad de Dios. La predicación, acción humana santificada por Dios, tiene como fundamento una *pre-tensión* (reivindicación) de Dios. El predicador participa de la *nova vita*, porque Dios quiere tomarle consigo, lo reclama para sí. Quien quiera restringir en algo esta reivindicación, demostraría que no ha comprendido lo que sucede: un hombre es interpelado por Dios, se hace su prisionero, escucha su Palabra. Esta es la santificación del mensajero de Jesucristo.

El predicador, como, por lo demás, todo cristiano, no está solo consigo mismo. Aun cuando después del llamamiento sea como era anteriormente, está puesto en una situación *totalmente nueva*. Todo lo que podría decirse aquí a propósito del poder de renovación de la Palabra de Dios es pobre en comparación con la turbación y la paz que se apoderan de un hombre captado por el llamamiento de Jesucristo. Cuando Dios se vuelve así hacia el hombre, ¿cómo no van a ser nuevas todas las cosas?

Pero entonces, la mirada recae sobre mi manera de vivir, sobre mi comportamiento. ¿Qué

llega a ser, en mi vida, esta novedad, esta *nova vita*? En todo caso mi vida no está abandonada a la aventura; no soy yo el que manda, el maestro: soy un siervo que tiene un Señor. No voy por la vida como un inconsciente expuesto a todos los peligros; estoy llamado a andar en obediencia, a las órdenes de mi Señor.

Al señalar su carácter *provisional* nos encontramos en el centro de la predicación. La Iglesia es la sierva de Cristo sobre la tierra. Nuestra situación está descrita en un fragmento central de la Biblia que interesa muy particularmente al predicador: el salmo 119. En 176 versículos, se expone el mismo tema en todas sus facetas: un hombre es interpelado por Dios, justificado y regocijado por el hecho de que hay un orden, una ley, un camino.

Lo "provisional", de lo que hemos hablado, se hace lugar de combate y de trabajo. ¿Cómo actuar? Intentaremos responder en seguida a esta pregunta.



*Carácter bíblico
de la predicación*

Esto significa que la predicación consiste en una explicación de la Escritura. ¿Qué debemos exponer en este discurso humano? Dado que la razón de ser de la predicación es la de mostrar la justificación realizada por Dios, la tarea del predicador no puede consistir en desarrollar un sistema personal: lo que piensa de su vida y de la de su prójimo, de la sociedad, del mundo. Si vive de la justificación no puede ser un profesional de ideologías humanas. Los hombres no viven del valor inmanente de las cosas. Si nos preguntamos por qué estamos justificados, nos vemos remitidos a los cuatro criterios de la sagrada Escritura que da testimonio de la revelación, funda la Iglesia, transmite la misión (el poder de testimoniar) y suscita la vocación. No hay que decir más que lo que dice la Escritura. Sin duda el predicador llevará la experiencia de

fondo que arrastra tras de sí con sus ideas personales. Pero al fin de cuentas, se trata de saber, si se prestará a un compromiso; o si, a pesar de sus ideas preconcebidas, acepta la exigencia de explicar este libro y nada más.

Para no perdernos en consideraciones generales, notaremos, en cinco puntos, el comportamiento y los caracteres propios del predicador cristiano.

1. En primer lugar, tener confianza simplemente en la Escritura. Si el predicador se atiene al texto y da a su exposición la forma de una explicación, ya es *suficiente*. Si piensa que para la vida práctica es necesario añadir aún algo, que la Biblia no dice todo lo que hace falta para vivir, entonces esta confianza es defectuosa.

2. Explicar la Escritura significa: respetarla, en el sentido de *respicere*: tener consideración con una cosa de la que se espera una ayuda. Todo el discurso debe salir de este *respicere*. El predicador está ocupado por una cosa que no es sólo él mismo. No debe pensar más que en esto. Podríamos compararlo a un hombre que lee alguna cosa con dificultad, y que queda sorprendido por los descubrimientos que hace: lo vemos mover los labios, más que leer deletrea, es todo ojos, es afectado por una impresión profunda: "esto no viene de los hombres".

3. La atención *específica* es indispensable. El que quiera predicar debe estudiar muy atentamente su texto. En vez de atención, sería mejor decir "celo", es decir, esfuerzo de aplicación para

descubrir lo que se dice en este texto que está ahí ante sus ojos. Para esto es necesario un trabajo exegético, científico: un estudio preciso de carácter histórico y filosófico. Porque la Biblia es también un documento histórico; nació en medio de la vida de los hombres.

Desde el comienzo hasta el fin, la Biblia dice siempre una misma cosa, una única cosa; aunque lo hace constantemente de distinta manera. La variedad de la Escritura tiene también la consecuencia de que cada texto, en cada época, habla al hombre de la manera que necesita. Por eso no se trata solamente de un trabajo filológico, sino que es necesario además buscar en el texto la Palabra de Dios para la comunidad.

Una predicación no es buena si se constata que este trabajo no ha sido hecho con seriedad. También es indispensable un respeto, un *respicere* siempre renovado. Se trata aquí de luchar contra la pereza intelectual del pastor demasiado ocupado y volcado al exterior. En el púlpito, el domingo, aparece la negligencia; porque, en este momento, todo el celo que se puede desplegar es impotente para suplir la indolencia. A este propósito, la comunidad debería dejar al pastor más tiempo para la preparación de su predicación. Porque para prepararla convenientemente se necesita mucho tiempo. Por otra parte, la Iglesia debería vigilar que sólo se predicasen en el púlpito las predicaciones preparadas con seriedad.

4. El deber de *modestia*. En la Escritura se le da al hombre una respuesta; debe contentarse

con ella. No tiene por qué adelantarse con sus disposiciones más o menos buenas. Si el predicador presta atención, recibe siempre una respuesta de la Escritura; su propio pensamiento está limitado. El pastor se halla frente a los profetas y a los apóstoles; debe, pues, retroceder con sus propios puntos de vista y su espiritualidad.

Por despierto que sea nuestro espíritu, todos nos sentimos inclinados a emplear los caminos trillados. Por eso, incluso después del estudio más sugestivo, y a pesar de lo que podamos imaginar, no sabemos aún lo que hay que decir. Pero cada vez se está más preparado para la situación en la que la Palabra de Dios deberá ser dicha. En realidad, en esta situación, se es ya un hombre completo, y, sin embargo, no la hemos comprendido todavía. Se puede hablar, por ejemplo, de la conciencia profunda, del poder del lenguaje y del pensamiento, que hay en la Biblia, y de otras muchas cosas. Pero esto no es aún el evangelio, porque éste no está ni en nuestros pensamientos, ni en nuestros corazones, sino en la Escritura. Debo renunciar a las costumbres más queridas, a las mejores intenciones, a todo esto, para poder escuchar. No es necesario que, a causa de ellas, sean rechazadas las cosas que brotan de la Biblia. Continuamente debo dejarme contradecir, estar disponible, y dejar de lado lo que pueda ser obstáculo.

Este consejo de modestia me hará ser prudente, por ejemplo, al leer los sermones de Lutero. Esta cualidad no fue nunca su fuerte. Después de su gran descubrimiento, creyó que debía

repetir la "única" cosa que lo animaba. Olvidó páginas enteras de la Biblia —por ejemplo, las concernientes a la ley y la remuneración— porque estaba fascinado en cierta manera por lo que le había sido revelado: la justificación por la fe. Es necesario dejar que el texto corrija lo que tenemos en la cabeza; no imaginarse de antemano que ya lo sabe uno todo. ¡Esto es la modestia!

5. *La movilidad.* El predicador debe prestarse al movimiento de la Palabra de Dios. No es suficiente decir o haber leído en cualquier sitio que la Biblia es la Palabra de Dios para saber lo que eso significa. En realidad, no es en el sentido en que se dice, por ejemplo, que el código civil contiene el pensamiento del estado. Para hacer comprender lo que sucede de verdad, sería necesario decir que la Biblia *se hace* Palabra de Dios. Y cuando llega a serlo para nosotros, lo es.

El predicador está llamado a vivir una historia con la Biblia; continuamente existe un intercambio que se realiza entre la Palabra de Dios y él. Cuando hablamos de movilidad, queremos decir: ser dócil a este movimiento de la Palabra, y dejarse conducir a través de la Escritura.

Ciertamente, el canon es una garantía para nosotros, pero esto significa simplemente: la Iglesia ha entendido estos escritos como el lugar en el que ella debe escuchar la Palabra de Dios. En fin, por lo que concierne a la doctrina de la inspiración, no es suficiente creer, sino que es necesario preguntarse: ¿estoy yo a la escucha? ¿me

va a hablar Dios en esta Escritura? Esta escucha debe ser activa: dedicarse a la Escritura, buscar, a fin de que ella nos encuentre.

Los cinco puntos que acabamos de ver, y que caracterizan la "biblicidad" de la predicación no constituyen una simple visión teológica que se pudiera poner, o no, en tela de juicio. No cabe elección. Sólo puede comprenderse como una disciplina a la que uno se somete. No podríamos sustraernos a ella sin renunciar, en el mismo instante, a su función.

Y, ahora, hay que prestar atención a tres consecuencias que serían fatales si no se toman en serio las exigencias precedentes:

a) El predicador no debe jugar al clericalismo (*Pfaffe*). Ser vanidoso por la conciencia de su misión, por su función, su teología, o creerse lleno del Espíritu Santo para representar ante el mundo los intereses del buen Dios. Contra esta miseria sólo existe la savia que sube de la "biblicidad", la verdadera comprensión de la Escritura. Donde reina soberanamente la sagrada Escritura, no puede crecer la hierba del clericalismo; el predicador no puede permanecer en una seguridad falsa y cultivar el contentamiento propio.

b) El predicador no debe ser un iluminado, elevándose a un mundo irreal, con buenas intenciones, sin duda, y con grandes ideas preconcebidas. Una predicación fiel no es iluminista, porque la sagrada Escritura ha sido pronunciada en

un mundo muy real. Frecuentemente nos podremos sentir aislados y solitarios, pero no nos dejaremos llevar por las ilusiones o las exaltaciones.

c) El predicador no debe ser aburrido. Pastor y aburrimiento hace tiempo que se han hecho sinónimos. Los oyentes creen saber desde hace mucho, lo que se dice desde el púlpito. Esto no es sólo culpa suya. El único remedio para esto es la Escritura anunciada en su autenticidad. Siendo fiel a la Biblia, la predicación no puede ser aburrida. La Escritura es tan interesante de hecho, tiene que decirnos tantas cosas nuevas y propias para conmovernos, que los oyentes no pueden adormilarse.

En este capítulo, es necesario aún responder a una pregunta: *cómo tratar un texto del antiguo testamento*. El antiguo testamento nos interesa solamente a través de su compañero, el nuevo testamento. Si la Iglesia se ha presentado como sucesora de la sinagoga, significa que el antiguo testamento es testimonio de Cristo antes de Cristo, pero no sin Cristo. Antiguo y nuevo testamento se relacionan mutuamente, como la profecía respecto al cumplimiento. En este contexto será necesario ver siempre al antiguo testamento.

La exégesis histórica no se debe olvidar, pero siempre tendremos que preguntarnos: ¿esta interpretación histórica explica el lazo que une los dos testamentos? Incluso en una predicación sobre Jueces 6, 36, por ejemplo, será posible ate-

nernos al sentido literal, y, sin embargo, referirlo a Jesucristo. El antiguo testamento es un libro totalmente judío; aunque no por ello deja de tener una referencia a Jesucristo.

La relación entre el antiguo y el nuevo testamento nos guiará también en lo que concierne a la legitimidad de la *alegoría*. Para no ceder a la tentación de dar a un pasaje un sentido que no tiene, atengámonos a lo que se ha dicho en este lugar, pero sin olvidar que la Iglesia ha adoptado el antiguo testamento a causa de Jesucristo. De la misma manera, debemos guardarnos de oponer exégesis histórica y exégesis cristiana. El antiguo testamento mira hacia adelante, el nuevo habla del futuro mirando hacia atrás, y ambos miran a Cristo.



Originalidad de la predicación

AL principio de este estudio, en las definiciones fundamentales, dijimos: "Se trata (respecto a un hombre) de anunciar a sus contemporáneos lo que tienen que oír de Dios mismo, explicando, *en un discurso en el que el predicador se expresa libremente*, un texto bíblico que les afecta personalmente. Con estas palabras: "en un discurso en el que el predicador se expresa libremente", queremos hablar de la originalidad de la predicación. El predicador, criatura pecadora, es llamado a explicar fielmente un texto. Pero esta fidelidad no es una pantalla detrás de la cual desaparece. Sus palabras no expresan ideas ya hechas, como si las hubiese engullido, a la manera de la *gratia infusa*. Este hombre que habla es ciertamente un hombre de carne y hueso, con su personalidad, su historia, su situación. Un hombre que Dios ha ido a tomar allí donde él estaba, en una situación concreta.

El pastor no debe jugar a Lutero o Calvino, o a profeta, o a cualquier otra cosa parecida. Que sea él mismo cuando explica su texto. La predicación, es la palabra de un hombre de hoy, palabra cuya responsabilidad asume. Yo que he escuchado la Palabra, estoy llamado a repetir a los demás lo que yo he escuchado. Es importante ser lo que se es, sobre todo cuando se tiene un cargo apostólico. No hay que atribuirse a sí mismo un papel, ni revestirse de una manera espectacular, ni disfrazarse con ornamentos. Se te ha confiado una misión, no como pastor o teólogo, o como hombre que se beneficia de privilegios particulares, sino como servidor. Cúmplala con simplicidad y naturalidad.

Sin embargo, debemos tener cuidado con lo que acabamos de decir. La palabra "originalidad" es peligrosa, equívoca. No se aplica a cualquiera que se imaginara haber adquirido como consecuencia de no se sabe qué experiencia religiosa, una cierta independencia respecto de Dios. Se trata de un hombre consciente que vive cada día del perdón de sus pecados. No se trata de una "actitud existencial", porque el fantasma de lo "existencial" es simplemente el viejo Satán, que bajo una nueva máscara se encubre en el ser humano.

Y ahora, he aquí algunas directrices prácticas sobre este capítulo:

1. Cuando el predicador se ha preparado seriamente, se presenta ante la comunidad:

— como un hombre que ha sido alcanzado, él antes que nadie, por la Palabra de Dios, y que ha sido conducido al arrepentimiento ante el juicio de Dios;

— como un hombre que, con reconocimiento, ha escuchado además el evangelio del perdón, y que puede alegrarse.

Solamente en este movimiento, que pasa por el juicio y la gracia, la predicación resulta verdaderamente original.

2. Y después, me hace falta el valor de decir a los otros lo que esto significa para mí. Exégesis y meditación son mi testimonio dirigido a los otros. Ahora, estoy llamado a decir lo que yo vivo. Lo hago en el marco de una "biblicidad" auténtica, pero no es el momento aquí de una exposición exegetica. Ya mi primera frase debe ser una interpelación; un discurso al hombre, que constituya el centro de mi texto.

3. Que mi predicación sea personal. Sucede con frecuencia que el predicador se inspira en un modelo. ¡Que sea, pues, él mismo, cuando esté en el púlpito! El es quien ha sido llamado, él es quien debe hablar. Las mejores cosas dejan de ser lo que ellas eran, por poco que sean plagias y trasladadas a la boca de otro. ¡Nada de comedias con un *habitus* copiado de cualquier parte!

4. Habla a tu modo, sé natural. No llesves al púlpito el ropaje regio de un argot de Canaán. Incluso el lenguaje sacado de la Biblia o de los

cancioneros, lo mismo que los efectos retumbantes de voz en la peroración, no son útiles para la misión que cumple.

5. Seamos simples. Nosotros, que estamos enrolados en una historia, queremos seguir el camino que la Biblia recorre con nosotros. Mostremos las cosas como son, como se desarrollan en la vida. Esto nos preserva de escaparates doctrinales que no aportan gran cosa. La verdad cristiana permanece siempre nueva cuando está situada en la vida diaria.



*La predicación debe adaptarse
a la comunidad*

COMO predicador, estoy llamado a conducir a Dios a las personas que están delante de mí. Dios quiere que predique a estos hombres. Ahora bien, no puedo dirigirme a ellos sino como a hombres que ya han sido objeto de la acción de Dios. Por ellos Cristo ha muerto y resucitado. Esto es lo que tengo que decirles. Vosotros sois objeto de una misericordia. Esto sigue siendo verdadero para vosotros hoy como lo fue el primer día.

De esto se trata cuando hablamos "de adaptación a la comunidad". De aquí resultan las siguientes cualidades:

1. El predicador ama a su comunidad. Debe hacerse un cuerpo con ella. Vive con este pensamiento: "estoy ligado a esta gente y quisiera

compartir con ellos lo que he recibido de Dios". Hablar con el lenguaje más bello, incluso con el de los ángeles, no servirá de nada si falta este amor.

2. Porque la ama, el predicador vive la vida de su comunidad. Se coloca a su nivel. No debe ser el sabio, el adivino del pueblo que expone en escena lo que la gente tiene en su corazón. Pero siempre tiene presente a su espíritu este problema: ¿dónde están ellos?

3. La predicación no es simplemente una explicación de la vida, más clara, más completa que la que otros le diesen. Hay otra cosa que es necesario tener en cuenta, pero cuya situación está en último lugar. La comunidad espera que el transcurso de la vida sea esclarecido por Dios, no que se la convierta en grandes temas de charlistas. Sin duda, el predicador estará atento a todo, y nadie lo aventajará cuando se trate de participar con el corazón. Pero lo que caracterizará ante todo su fidelidad será su manera de participar en la vida.

4. El *tacto* es indispensable. Saber lo que debemos intentar decir a cada individuo de la comunidad. Frecuentemente pensamos que se debe decir alguna cosa, y nos apoyamos incluso en la Biblia para hacerlo. Ahora bien, en realidad, esto es sólo un asunto de orgullo. Se ocasiona un empobrecimiento de las relaciones de confianza y una actitud inútil. A propósito del *tacto* señalemos además que la crítica bíblica en el púlpito también debe estar subordinada a él. Que

sea practicada solamente con un espíritu de servicio y respeto. No hagamos de ella un ideal falso de verdad.

5. Aquí es donde “el conocimiento del momento presente”, según la expresión de Tillich, tiene su importancia, su justo lugar. ¿Qué exige de nosotros la situación en que nos encontramos, mi comunidad y yo? Vivimos juntos una historia. Mi comunidad me dice lo que tiene en el corazón. Mi predicación debe responderle. Si comprendemos bien esta situación nos guardaremos de prolongar temas que, desde hace tiempo, han perdido toda importancia.

Estas breves notas sobre el tema de una “predicación adaptada a la comunidad” bastan para hacernos comprender que no se trata de “servir a una clientela”. Ni de ser un tirano, o un fanfarrón ni tampoco un solitario divorciado de su comunidad.



Inspiración de la predicación

LA predicación es “la misma Palabra de Dios”, es decir, que a través de ella habla Dios. Si no fuese así sería inútil seguir todos los consejos anteriores, seríamos servidores inútiles. Este servicio de la Palabra depende de lo que Dios quiere hacer. De donde resulta:

- que debemos ser humildes;
- que, a causa de nuestro papel de intermediario humano, deberemos ser prudentes y sobrios;
- que la predicación, debiéndose ocupar en definitiva sólo de Dios, no puede prescindir de la oración, para que las palabras que se pronuncien se conviertan en llamadas de Dios. Finalmente, toda la comunidad debe unirse a esta oración.

Alcanzamos aquí la frontera donde se agota lo que pueden decir los hombres, el lugar donde el mismo Espíritu Santo debe interceder por nosotros con suspiros inenarrables.

3

PREPARACION DE LA PREDICACION

3. PREPARACION DE LA PREDICACION

UNAS veces el pastor llega a creerse obligado a decir en su próxima predicación, todo aquello que puede sacar de su profunda intimidad. Otras se preocupa, porque no sabe muy bien qué mensaje en concreto es preciso ofrecer. Ni una ni otra situación debe ser tomada en serio. Todo lo que ha de decir le será dado; es preciso que lo sepa. Que refrene, pues, un poco lo que viene al espíritu, y que escuche. O bien que se deje consolar por Aquél que concede lo que ordena. ¿No tenemos el antiguo y el nuevo testamento? En ellos hay mucho que decir.

Elección del texto

LA Escritura está ante nosotros. Hay dos cosas que considerar: lo que se debe hacer, y lo que no tenemos derecho a hacer. Cada vez que elegimos un texto, nos situamos ante la decisión: obedecer, o desobedecer a la Palabra, a Dios mismo. Desobedecemos si nos imaginamos poderlos colocar ante la Escritura con nuestra propia libertad y nuestro poder autónomo. Si nos ponemos en verdad a disposición de Dios, la obediencia nos servirá de guía en nuestra elección.

No está permitido poner arbitrariamente la mano sobre la Escritura, buscar en ella un texto que nos sea cómodo, que parece convenir a lo que nos gustaría decir. El texto no puede ser tratado según nuestros deseos. Es él quien manda, no nosotros. Está por encima de nosotros, y nosotros estamos aquí para servirle. Para evitar que nos extraviemos, en cuanto sea posible, retengamos las notas siguientes:

1. No elegir un texto demasiado corto. Si no se tiene cuidado, el peligro señalado sería más terrible que con una perícopa. Por ejemplo, no separar la primera bienaventuranza; o bien 1 Jn 4, 16, que puede tentarnos para utilizarlo al servicio de nuestra propia elocuencia, en lugar de dejarse conducir por lo que allí se dice. Añadamos sin embargo que si la predicación es esencialmente explicación bíblica, evitará el peligro de los textos cortos.

2. Vigilar aquellos textos que pasan por fáciles y que son a menudo citados. Así, en la fiesta de la Reforma, no desviar arbitrariamente el sentido de Gál 5, 1; y en el día de los difuntos, no dar a Jn 11, 3. 16 otro sentido que el impuesto por el contexto. La poderosa luminosidad de una palabra bíblica permanecerá siempre más grande en el contexto querido por Dios, que en los discursos, tal vez bellos e interesantes, pero que violentan a la Palabra de Dios.

3. Nada de alegorías. No ejercitar nuestros talentos sobre la Palabra. Se la impide así resonar claramente. Procuremos por tanto, no dejar hablar a nuestra individualidad ni extendernos sobre nuestra situación personal, por ejemplo en imágenes, parábolas, o historias que hemos vivido.

4. La predicación no debe ser un discurso utilitario. ¡No servirse del salmo 96 para preconizar el mejoramiento del canto, o deducir de él un reclamo para la música!

5. Para evitar volver demasiado a menudo sobre los mismos fragmentos, podríamos atenernos a una lista basada en el año eclesiástico, o bien hacer una serie de predicaciones sobre un mismo libro. Del contacto frecuente con la Escritura puede resultar que algunos pasajes se impongan al predicador como un mandato. Se supone que el pastor consulta su Biblia en otras ocasiones además de para predicar.

6. No se puede hacer a la vez una predicación sobre un tema (predicación temática) y sobre un texto (homilía). En el marco de la Iglesia, no hemos de exponer principios cristianos u otros temas de este género. Lo que hemos de oír, es lo que Dios dice a la Iglesia, lo que constituye su fundamento y edificación. Si se quiere ganar incluso a personas extrañas a la Iglesia, se trate de evangelización o de misión, comencemos por no apartarnos nosotros mismos del servicio que se nos ha encomendado.

7. Evitar poner especialmente de relieve conmemoraciones o acontecimientos particulares. Lo que parecería útil señalar a la comunidad podría encontrar eco en la predicación, pero tal cosa puede también pasar en silencio: esto no dependerá de la voluntad propia del predicador, sino de la exigencia que la Palabra de Dios le imponga. La Escritura debe encontrar un puesto muy claro en el espíritu del predicador. Para esto, es preciso someterse a una rigurosa disciplina. Oigamos sólo lo que dice la Palabra, no lo que el gran público, la pequeña comunidad o nuestro corazón querrían oír.

La preparación propiamente dicha

1. La función receptiva

El término “receptivo” es opuesto a “espontáneo”. Se podría decir también: pasivo u objetivo, por oposición a activo o subjetivo. Pero de todas maneras, estos dos últimos términos deben emplearse con reserva. Se trata de escuchar lo que se dice en el texto. Comencemos simplemente por leerlo, pensándolo palabra por palabra: es ahí donde está la materia de nuestra predicación. Leer el texto, pero en el *original*. Toda traducción es fuente secundaria y representa por sí sola un verdadero comentario.

Cuando abrimos nuestra Biblia, se nos plantea, pues, el importante problema de la lengua. No nos referimos a una cualidad particular que haría del hebreo y del griego las lenguas del Espíritu Santo. No hay razón alguna para buscar en estas lenguas una aptitud especial que las convierta en instrumentos de la Palabra de Dios. Sin embargo, la revelación se ha realizado por medio de estas lenguas. Hemos, pues, de trabajar sobre estos documentos. Al escuchar una predicación, nos podemos dar cuenta si está preparada según el original. En el original, se descubren relaciones e informaciones que son invisibles en la traducción.

Después, podemos recurrir a las diversas versiones. Se recomienda al predicador no leer su

propia traducción, pero podrá indicar en su sermón correcciones y matices.

Tras la lectura atenta del texto viene el problema de su contenido. Conviene desde luego dar al contexto todo su valor. Un texto bíblico no es un recorte; está situado en un lugar determinado, forma parte de un conjunto. Muchas predicaciones tendrían otro cariz si se tuviese seriamente en cuenta lo que precede al texto y lo que le sigue.

Ahora comienza el análisis. Anótese un cierto número de puntos, el objeto de la perícopa, sus diferentes partes, el orden de las ideas; es preciso también resaltar la línea que sigue el desarrollo del texto. Solamente entonces se podrán consultar los comentarios. El comentario se distingue de la traducción en que las diferentes partes del texto están, una a una, sometidas a estudio. En la elección de comentarios, nos encontramos generalmente ante dos tipos absolutamente diversos: los que datan de fin del siglo XVIII a nuestros días, y los que son anteriores.

Los primeros están bajo el signo de la investigación histórico-crítica. Tenemos el deber de leerlos. Son un medio para comprender mejor la Escritura que los antiguos no han sabido siempre tener presente; las situaciones en las que la Biblia se presenta bajo el aspecto histórico y terrestre tienen también algo que decirnos. Naturalmente este método presenta algunas dificultades que los antiguos no tenían que resolver. Sea lo que sea, ha tomado con los tiempos una im-

portancia hipertrofiada: se llega a identificar pura y simplemente el sentido real de la Escritura con su sentido histórico. Estamos en presencia de un verdadero dogma, ante todo extraeclesiástico y pagano, y en el que, en definitiva, no se reconoce más que al hombre, es decir, todo lo que constituye su mundo incluida la religión. Evidentemente, no se puede partir de tal dogma para componer una predicación. Si este dogma fuese válido, el lazo canónico que nos ata a la Biblia no tendría sentido; porque, fuera de la Biblia, hay toda una literatura sobre este aspecto de las cosas. Ahora bien, la sagrada Escritura es el testimonio exclusivo de la revelación de Dios, el único medio de transmisión de la Palabra de Dios.

Sin embargo, debemos conocer comentarios resultantes de la investigación histórica. Si, en los tiempos modernos, la atención se ha dirigido especialmente hacia el lado humano de la Biblia, no es ésta una razón para ignorarlo. Porque, no lo olvidemos, la revelación es la Palabra hecha carne, y por eso mismo, ha llegado a ser un acontecimiento histórico.

Pero entonces, ¿en qué medida esta palabra humana es el testimonio de la Palabra de Dios? ¿En qué medida, este texto nos dice algunas cosas que, más allá de lo humano, nos remita al "Emmanuel"? Ningún problema crítico puede dispensarnos de plantearnos esta cuestión y de tomarla en serio. La Palabra se ha hecho carne, sí, pero es la Palabra; he aquí el dogma cristológico de la Biblia. En la Biblia, vemos hombres

condicionados y sometidos por una verdad que vino sobre ellos; hablan de la revelación de la que han sido testigos y lanzan sus miradas hacia la revelación que viene. Hay algo que los comentaristas modernos no nos dicen, no pueden decirnos. Es preciso recurrir a los antiguos (junto a los cuales, por lo demás, los modernos parecen inferiores por sus variaciones), a los trabajos exegéticos de Calvino y de Lutero, y, con alguna reserva a causa de las influencias platónicas, a los de san Agustín. Se pueden leer también colecciones de predicaciones. Las de Calvino, por ejemplo, son excelentes explicaciones de la Escritura.

Notemos, al terminar este capítulo, algunos datos esencialmente prácticos:

¿Qué hacer si, excepcionalmente, llega la ocasión en que falta tiempo para una preparación tan completa...? Será preciso recurrir al menos al texto original y a una buena traducción. Seguramente se trata de un caso extremo. Para nosotros que, frente a la Iglesia romana, tenemos este verdadero tesoro, la Palabra, la preparación de la predicación debe ser el deber primordial del pastor.

Si una predicación tiende a dejarse encadenar en un biblicismo personal, la necesidad del comentario se impone. Las advertencias saludables contra parecido error se encuentran, por lo demás, en la misma Escritura.

¿Qué actitud adoptar ante un texto inauténtico...? En la Iglesia, estoy llamado a oír la Pa-

labra de Dios. El juicio, pues, del historiador no puede hacer inutilizable un texto.

2. La función espontánea

Hay aquí dos elementos que considerar: el modo de interpretar el texto y la forma de actualizarlo. Examinemos estos dos puntos.

I

Una vez realizado el trabajo del que acabamos de hablar, nos situamos ante el hecho de que la Biblia es a la vez un libro histórico y el libro de la Iglesia.

Como libro histórico, es un monumento (*monumentum*: aquello que habla sobre alguna cosa del pasado) que nos hace conocer un trozo de historia de la piedad humana. Esto es precisamente lo que los comentadores modernos han puesto de relieve. Pero hay otra cosa aún en este libro. Para el predicador, como para todo hombre que lee la Biblia como ésta debe ser entendida, este libro es en verdad un *monumento* que se refiere al pasado, pero es también un *documento* que tiene un sentido para hoy día. Este libro nos habla de una decisión realizada en otro tiempo, decisión que tiene también su aplicación en el momento presente. Por eso lo abrimos hoy día.

La Biblia es el único documento de la revelación, pero un documento suficiente. Por eso lo

llamamos la sagrada Escritura, la Palabra de Dios que llega hasta nosotros. Si se comprende bien que este libro es el testimonio de la Palabra de Dios, puede parecer inútil hablar del objeto y del tema de la predicación; sólo hay un objeto, un solo tema: la revelación de Dios, Jesucristo.

Sin embargo, lo que figura en el texto bíblico, recordémoslo, no es la revelación misma, sino el testimonio de la revelación. E incluso este testimonio es expresión humana; nos ha sido dado por los profetas y los apóstoles, que no hablan de su propia cosecha, sino que estaban obligados a ello, como dice Pablo, que no podían hacer de otra manera, como dicen los profetas. Ofrecían este testimonio como podían, y sintiendo su responsabilidad ante los hombres a los que hablaban. Jn 1, 7-8, por ejemplo, nos muestra claramente lo que es el testimonio. Juan Bautista no es la luz, sino su testigo:

He aquí el cordero de Dios que lleva sobre
sí los pecados del mundo.

La tarea del predicador consiste en hacer oír este testimonio que ofrece el texto. Una predicación es buena cuando es la actualización, en el tiempo presente, de este testimonio de los profetas y de los apóstoles. No se trata de hacer una exposición de verdades conocidas: excelencia de la fe, Dios y patria, u otros temas de este género, sino de remitir sin cesar a la verdad divina ignorada por los hombres, y de hacerlo en la esperanza y la oración. En la predicación, es pre-

ciso tener constantemente este pensamiento: la verdad que está detrás del texto bíblico es desconocida a los hombres. Dicha verdad quiere manifestarse, debe ser absolutamente conocida. Pero el predicador no tiene por qué atormentarse. Basta con que se esfuerce por decir, siguiendo a los profetas y a los apóstoles de la mejor forma que pueda, lo que éstos han oído.

Es preciso hacer aquí tres advertencias sobre la forma de exponer el texto.

1. Hemos señalado que la Biblia es monumento y documento al mismo tiempo. Pero lo mismo que es preciso actualizar el documento, no siempre es necesario actualizar el monumento. Lo histórico sólo debe jugar un papel en la medida en que forma parte del testimonio. En la predicación, se trata de seguir la dirección del texto, y esto en relación con nuestro tiempo. El texto nos da la dirección del camino, pero nosotros hemos de recorrer este camino en el tiempo actual.

2. Procuremos no recaer siempre en el mismo esquema, por ejemplo repitiendo en cada predicación: "El hombre es pecador, pero Cristo interviene; es preciso que el hombre se mejore". La Escritura es muy rica, y los caminos que adopta son infinitamente variados. Si se tiene en cuenta esta observación, tendremos cada domingo alguna cosa nueva que decir; y será éste un signo del gran comienzo, siempre nuevo, que emprendemos con Dios, porque es él quien ha querido comenzar con nosotros.

3. Es preciso una vez más denunciar el peligro de un biblicismo arbitrario y demasiado original. El medio para preservarnos de él es mantener un contacto estrecho y constante con la historia de los dogmas y la dogmática de la Iglesia. Los dogmas son como boyas, postes indicadores que señalan la buena dirección. No es preciso hacer una exposición de los dogmas ni exponer su contenido teológico, sino dejarse guiar por ellos.

Tomemos ahora tres esquemas de predicación ¹ para ilustrar lo que venimos diciendo:

Por ejemplo el salmo 121:

- 1 Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde vendrá el auxilio?
- 2 El auxilio me viene del Señor
que hizo el cielo y la tierra.
- 3 No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
- 4 no duerme ni reposa
el guardián de Israel.
- 5 El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
- 6 de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.
- 7 El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu alma;

1. Estos tres ejemplos han sido expuestos en el Bulletin du Centre protestant d'études. Genève, juin 1954.

8 el Señor guarda tus entradas y salidas
ahora y por siempre.

Este salmo tiene cuatro partes:

a) Versículos 1-2. Se trata aquí de un canto de peregrinos que habla de la ayuda que Dios ofrece al hombre débil y desamparado. Este hombre sabe que existe una ayuda para él; más aún: sabe de dónde viene esta ayuda. Dirige su mirada en esta dirección, es decir hacia Jerusalén donde reside el Señor Dios, el todopoderoso, el creador del cielo y de la tierra. De allí es donde le viene el socorro. Así, pues, existe un lugar, también para nosotros, de donde podemos esperar el rescate.

b) Versículos 3-4. Esta certeza, la tenemos porque Dios, nuestra ayuda, es activo, actúa: nunca se adormece, jamás permanece inaccesible al que tiene necesidad de él. No está ausente, manteniendo una existencia pasiva en esferas lejanas y fuera de todo contacto con este mundo. Por el contrario, el Señor está presente, con una proximidad inmediata, y siempre podemos encontrarle.

c) Versículos 5-6. Dios nos guarda precisamente cuando el peligro es más grande, y amenaza destruirnos. El elemento histórico no juega aquí ningún papel. El mal tiempo local, provocado por el sol o la luna, es totalmente secundario y sin importancia para nuestra interpretación.

d) Versículos 7-8. La comunidad del antiguo testamento tenía costumbre de orar por cada uno de sus miembros, y encontraba su fuerza y su consolación en esta intercesión de unos por otros. También nosotros sabemos que hoy, alguien ruega por nosotros, pero de una manera mucho más eficaz que entonces: el mismo Cristo interviene ante Dios todopoderoso. Su oración es nuestra esperanza y nuestra fuerza.

Una predicación sobre el salmo 121 podría seguir este esquema. No se trata ahora de exponer un tema concreto.

Veamos un segundo ejemplo: Jn 13, 33-35.

(33) Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis y, lo mismo que les dije a los judíos, os digo también ahora a vosotros: adonde yo voy, vosotros no podéis venir. (34) Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. (35) En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.

Estos tres versículos vendrían bien para una predicación en tiempo de pasión. Están naturalmente en estrecha relación con lo que le precede. El versículo 30 señala el comienzo de la fase final y última de la pasión del hijo del hombre. La encarnación de Dios se realiza en este momento, en esta noche: una última y suprema glorificación le ha sido asegurada en su misma humillación. Versículo 31: al mismo tiempo, es glo-

rificado en su próxima elevación. El paso que Jesús está a punto de dar hacia el sufrimiento más sombrío anuncia ya su transfiguración, su tránsito a la gloria.

En el versículo 33 interviene un elemento nuevo. "Hijos míos... os digo también...": estas palabras se dirigen en primer lugar al pequeño grupo de discípulos presentes, pero este grupo se extiende ya por todo el mundo creyente. El conjunto de la comunidad de los creyentes existe en estos pocos apóstoles. Jesús les comunica a todos sus últimos pensamientos. Ellos deben saber y comprender que no podrán seguir a Cristo por este camino. Ni el mundo, ni la Iglesia serán capaces de imitar lo que a sólo Cristo le ha sido encargado realizar. Sólo Cristo puede iniciar el camino trazado por el Padre, y recorrerlo, a través del mundo.

Pero he aquí que en el versículo 34 aparece, de una manera sorprendente, un nuevo mandato. Esta orden no habla de imitación: exige el amor mutuo. Esta obediencia responde a una orden muy directa. "Amaos los unos a los otros", porque el amor ha llegado a ser la naturaleza nueva de quienes han visto a Jesús. Ahora bien, el mundo debe oír la palabra de Jesús por mediación de la Iglesia, por mediación de sus miembros. Y esto solamente se realizará "si os amáis unos a otros". No se dice que el mundo entero será conquistado por esta palabra de Jesús sino que el comportamiento de los discípulos muestra-

rá si éstos están con Jesús. Este comportamiento es la característica de la Iglesia en medio del mundo.

Este esquema sólo quiere ser una exposición para ayudar a aclarar la línea de este texto, no un modelo. Nuestra tarea consiste en ofrecer en nuestra lengua y para gentes de hoy día lo que se encuentra en el texto. Realmente algunos de estos versículos contienen una riqueza inagotable.

Un último ejemplo: Ef 2, 1-10.

(1-2) Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el príncipe del imperio del aire, el espíritu que actúa ahora en los rebeldes... (3) entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás a la cólera... (4) Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, (5) estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— (6) y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, (7) a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. (8) Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; (9) tampoco viene de las obras, para que

nadie se glorie. (10) En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos.

Este pasaje plantea de forma aguda el problema de la predicación sobre el pecado. Establece al comienzo que todos los oyentes del apóstol han sido hombres pertenecientes a este mundo, y por lo mismo sumidos en el pecado, viviendo en este mundo como seres independientes (sin Dios) y rebeldes. Esta situación era totalmente extraña a la vida verdadera. Los hombres estaban muertos, en el verdadero sentido de la palabra, bajo la cólera de Dios. En el versículo 3, que resalta la realidad concreta y terrible del pecado, se opera un cambio prodigioso: al “vosotros” sucede bruscamente un “nosotros”, por el que Pablo se declara perdido en el pecado como los demás.

Pero nos enteramos de algo maravilloso: la totalidad del pecado es relegada al pasado. Este hecho no implica en manera alguna un debilitamiento de la conciencia del pecado; por el contrario, este rechazo pone en evidencia su carácter abominable. La horrible realidad y la permanente actualidad del pecado permanece, aunque éste haya sido rechazado a un tiempo que se encuentra a nuestra espalda. Este pecado está ahí, en todos los tiempos, pero está rechazado, vencido. Está privado de su poder de dominio y de destrucción.

Los versículos 4-7 designan al vencedor de todo lo que lleva la señal del pecado... La buena nueva resuena: todos los que estabais muertos bajo el yugo del pecado, habéis resucitado en Cristo. Esta resurrección de los muertos es la obra de Dios, de él sólo, obra realizada en Cristo y en su elevación. El combate contra el pecado está lejos; la batalla está ganada, aunque no ha terminado todavía. La victoria es cierta. Así es como Pablo combate el mal. Nada de líneas morales, de planes de batalla, de preceptos éticos, sino sólo volverse hacia aquél que desposeyó al pecado de su poder de una vez para siempre. Esta referencia a Cristo será desarrollada en el versículo 7. Pablo ve en los cristianos el objeto de la bondad de Dios. Dios, en su infinita riqueza, nos ha preparado una herencia incorruptible.

Los versículos 8-10 nos sitúan en el tiempo que va de la resurrección de Cristo a su regreso. Lo que somos en este tiempo intermedio no lo somos por nosotros mismos. No tenemos, pues, razón ni derecho alguno para gloriarnos. No son nuestras obras quienes hacen que seamos lo que somos. Es la gracia de Dios que nos ha salvado por medio de la fe; y esta fe, también ella, es un don de Dios. Así, pues, ¿dónde encontraríamos un motivo de orgullo cualquiera que fuese? Y, sin embargo, hemos sido creados para las buenas obras que debemos practicar. Es importante resaltar que Pablo evita aquí todo imperativo: se sirve del indicativo. Quiere apartar cualquier duda sobre este punto: todo es obra de Dios, nada procede de la iniciativa humana.

Este pasaje es típico del testimonio apostólico, que nunca expone un tema particular, sino que se somete únicamente al gran tema de la Biblia. Este mensaje debe ser claramente dado a la comunidad cristiana.

II

Hemos hablado de la orientación seguida por los autores bíblicos al exponer su testimonio. Vamos a ver ahora cómo seguir este mismo camino en nuestro tiempo. Nos referimos al tiempo en el que vive la comunidad a la que debemos hablar, y que debe oír siempre de nuevo la Palabra. Bautizamos en la Iglesia, y es preciso hacer una llamada a la fe fundada sobre el bautismo. Y aquellos a quienes nos dirigimos tienen esto de común: para ellos nada hay más seguro que su muerte.

Pero si quiero dirigirme a ellos de forma comprensible, es preciso que les conozca en su individualidad propia, en aquello que constituye su vida, sus posibilidades, su buena o mala voluntad, a fin de encontrar el medio de captarlos y de que la Palabra llegue a serles inteligible.

No nos dejemos turbar por el problema de si un hombre puede dirigirse a otro de tal manera que este último escuche con fe. Primero es preciso que haga todo lo que esté en mis manos para que la predicación no sea un monólogo, magnífico quizás, pero que podría ser inútil para la comunidad. El hombre al que voy a dirigirme

debe estar continuamente presente en mi espíritu durante mi preparación; del conocimiento más o menos completo que yo tenga de él fluirán ideas inesperadas y asociaciones que me acompañarán de versículo en versículo. Estas ideas y asociaciones constituyen el elemento de actualidad, y si bien los resultados de nuestra exégesis teológica representan el fundamento sólido, el elemento de actualidad nos permitirá proseguir la construcción de nuestro discurso cristiano.

Queríamos esclarecer lo que precede desarrollando esta afirmación: en la predicación, la *explicatio* se relaciona con la *applicatio* como el sujeto con el predicado. La marcha de una predicación tiene lugar en y con la Iglesia tal como ella es en el momento presente. Debe referirse, pues, no al hombre abstracto, sino al hombre de carne y hueso que está ahí hoy, que forma ya parte de la Iglesia o que está aún fuera de ella. Cuando hablamos del hombre de hoy que está ahí para escuchar la Palabra, lo entendemos tanto del predicador como del oyente. La predicación no puede ser, pues, un monólogo que cualquier charlista haría sobre sí mismo y su propio pecado, porque entonces no se podría hablar de Iglesia, de *communio sanctorum*.

Pero existe otro peligro que es quizás más temible aún porque se sucumbe a él más fácilmente: el predicador no debe hablar a la comunidad colocándose fuera de ella, despreciando integrarse él mismo en dicha comunidad. El predicador debe saber cuál es su situación: es portador de una función, sin duda, pero de una función que

le ha sido concedida a la Iglesia, no a su persona. Que no se imagine que gracias a su teología está colocado demasiado alto como para abajarse hacia el pobre pueblo. Debe saber que tiene necesidad, también él, de oír siempre de nuevo la Palabra. El conocimiento de esta situación será la condición determinante de una sana *applicatio*, que será siempre al mismo tiempo *explanatio*.

Cuando, en nuestra predicación, procuramos seguir fielmente la orientación del texto, nos encontramos con una dificultad seria, a propósito de la *applicatio*: ser al mismo tiempo fiel al texto y a la vida moderna. Desgraciado el pastor que no encuentre la actualidad de la Palabra para los hombres de hoy. Pero por otra parte, desgraciado aún más el pastor que ve lo que la Palabra bíblica dice al hombre de hoy, pero que tiene miedo de escandalizar, y que por eso viene a ser un desertor.

La Palabra quiere ser confrontada con el hombre de hoy, quiere agitarle, atacarle, a fin de conducirlo de esta manera a la paz de Dios. No es preciso deformar la Palabra, o evitarla con pereza o desobediencia. El predicador debe por eso tener coraje para predicar como se debe; un coraje que no teme este ataque directo, que está por encima de las consecuencias que pueden resultar de su obediencia al texto. Si se tiene este coraje, entonces es la Palabra de toda la sagrada Escritura quien se encarga de toda la responsabilidad.

Permanecer cerca de la vida y mantenerse fiel al texto. Esta dificultad, para la que no se puede dar ninguna receta, debe permanecer para todos como una advertencia. La predicación temática, en la que es tan fácil hacer de una idea advenediza el centro de la predicación, está más particularmente expuesta a violentar el texto al querer aproximarse a la vida. No confundamos demasiado fácilmente los bellos pensamientos de nuestro yo enamorado de sí mismo, con los pensamientos del texto en general menos confortables y que se prestan menos a la moda del día. Por eso es necesario probar seriamente los materiales de actualidad que se nos ocurren y pasarlos por la criba de nuestro texto. Esta precaución podrá quizás forzarnos a abandonar los más bellos pensamientos que se nos hayan ocurrido sacrificándolos a la dinámica del texto. No temamos una predicación que quizás marche adelante con sus miembros rotos, pero que no será ni cobarde ni inadecuada. Entonces es cuando se muestra el verdadero coraje frente a los hombres, y al mismo tiempo la verdadera humildad frente a la Palabra. La verdadera humildad que conviene cuando se trata con la sagrada Escritura y que es la única que conduce a una predicación bendecida por Dios. Apliquémonos solamente a nuestro texto: el verdadero exegeta descubrirá en él siempre nuevas profundidades y nuevos misterios; su actitud será la de un niño admirado en un jardín maravilloso. ¡Que no juegue a abogado de Dios!

Fidelidad al texto y fidelidad a la vida. Siempre será mejor estar cerca de un texto que cerca de un tema, o demasiado tiempo con él. Coraje y humildad: será siempre necesario mucho coraje, será precisa también mucha humildad; y quizá será preciso poner más acento aún en la humildad, para que el amor de Dios se realice en el amor del prójimo.

3. *Redacción, introducción, unidad y conclusión de la predicación*

La redacción debe seguir varias reglas. En primer lugar, *escribir* la predicación, y esto es tan importante que es preciso justificarlo. Sin duda, hacemos un discurso; pero tengamos o no disposiciones para hacer este discurso, no es necesario contar perezosamente con el Espíritu Santo o con otro espíritu, que inspiraría en el mismo momento en que debemos hablar lo que hemos de decir. La predicación debe ser preparada y redactada palabra por palabra. Aquí se aplica muy bien el que hemos de dar cuenta de toda palabra vana. La predicación no es un arte en el que unos podrían improvisar y otros redactar por escrito. Es el acto central del culto evangélico, en estrecha conexión con el sacramento. Sólo una predicación en la que se pueda justificar cada palabra es un acto sacramental. La responsabilidad que entraña cada palabra forma parte de la santificación del pastor. Esta regla vale para todos, y no sólo para los jóvenes. Muchos pastores han adquirido tal habilidad que

creen poder dispensarse de esta disciplina, y sin embargo sus predicaciones no son discursos cristianos. Hay que procurar que la predicación no sea una charla que deja la impresión de que el pastor no se ha preparado.

¿Es necesaria una introducción? No, a menos que se trate de una introducción bíblica. Cualquiera otra forma hay que desecharla, y esto por varias razones; vamos a poner de relieve dos:

1. ¿Para qué vamos a la Iglesia? Para oír la Palabra de Dios. Los diferentes actos del culto son ya una introducción a la predicación, que es el punto culminante. Las pocas palabras que la anuncian son suficientes: cualquier otra introducción es tiempo perdido, y ya sabemos que una predicación no debe ser demasiado larga. Pero hay algunas que son demasiado cortas, y se intenta entonces explicar que la brevedad es una cualidad. Este procedimiento puede valer para otra clase de discurso, pero no para la predicación, que debe dejar sitio a la Palabra de Dios: es ésta la que regula el tiempo. Quede claro que la extensión no es un signo de fidelidad; sin embargo es preciso no olvidar que nuestra exposición forma parte del culto que se rinde a Dios, y que este culto es la parte más importante de nuestro domingo. Cuando se da gloria a Dios, no se hace reloj en mano.

2. Muy a menudo la introducción no introduce, sino que distrae el pensamiento de la Palabra de Dios. Los hombres vienen a la Iglesia con toda clase de imágenes en la cabeza, y he

aquí que el pastor toma la palabra para decir otra cosa distinta del verdadero objeto de su discurso. De un golpe su objetivo queda frustrado. Porque justamente son los diez primeros minutos los que tienen una importancia capital: anuncian lo que será la predicación.

Cuando se tiene una introducción ¿cómo se procede generalmente?

1. Un punto de partida muy corriente consiste en hablar del tiempo en que se vive, ante el cual el pastor toma posición de una manera positiva o negativa. Pero éstas son cosas que el oyente conoce quizás mejor que el orador, y que nada tienen que ver con la predicación.

2. O bien se empieza con la cita de un gran personaje. Pero ¿qué significa el nombre de este personaje después que se ha leído y orado? No hace más que dirigir la reflexión de los oyentes en otra dirección. La Palabra bíblica no puede ser avalada por la de un hombre, por bella que ésta sea. Esto es indigno.

3. A veces esta introducción es negativa. El procedimiento es malo. Una exposición sobre el pecado y sobre los errores del mundo no es buena manera de empezar un sermón. Ofrece quizás un horizonte inmenso pero no es lícito alimentar desde el principio a una comunidad cristiana o en vías de serlo con un desbordamiento tal de asperezas. En el mismo orden de ideas, existe el esquema consistente en vituperar al viejo Adán que subsiste en el hombre para oponerle el "sin embargo..." grandioso de Dios. Si se empieza por

hablar de la corrupción humana, se expone uno al peligro de la predicación temática, y la Palabra bíblica queda entonces en segundo plano.

4. Hay quien utiliza, a modo de obertura, un trozo de teología bíblica, o una introducción del antiguo o del nuevo testamento. Esto no tiene su sitio en una predicación como parte independiente, pero puede encontrar su momento de expresión legítima en la exposición del texto.

En ocasiones se intenta justificar la introducción con una razón teológica. Se parte de la idea de que hay en el hombre un polo de atracción de la Palabra de Dios, que espera esta Palabra. ¡Tal cosa sería válida para Adán en el paraíso! Un punto de vista así sería concebible en el marco de una teología romana, en el sentido de la *gratia preveniens* o de la *analogia entis*. Pero si se interpreta la Biblia según los reformadores, se sabe que tales posibilidades humanas no existen, y que la unión entre el hombre y Dios se hace desde lo alto, por un milagro de Dios. Por naturaleza, el hombre no está dispuesto a oír la Palabra de Dios: somos hijos de cólera (Ef 2, 3).

Nos dirigimos a los hombres fundándonos en el hecho de que son llamados al bautismo en Cristo. La promesa es lo único que poseen. Sin embargo, por causa de esta promesa, no hemos de considerar a la humanidad desde un ángulo negativo: aquí es donde Jn 3, 16 alcanza toda su significación. Creemos en el milagro de Dios que se ha producido entre nosotros: este milagro es el que realiza la unión entre Dios y nosotros. Que

un hombre pueda hablar de esto es algo inaudito, pero debe cumplir este servicio. El hombre no ha de tomar otra actitud que la de un mensajero que tiene algo que decir. No es preciso procurar construir una rampa que suba: no se trata de alcanzar una altura. La realidad es que alguna cosa debe venir de lo alto hacia nosotros, y esto se realiza sólo si la Biblia es quien habla desde el comienzo.

La predicación no está compuesta de partes separadas y ordenadas arbitrariamente con relación al texto. Es un todo. Si se la interpreta como un *corpus*, se excluye por lo mismo un arreglo premeditado. Es lógico distinguir partes en la predicación temática, pero este procedimiento no es el nuestro. El texto es el que nos conduce, no un tema. No habrá de separarse, pues, ley y evangelio. Ni hablar más de la fe desde un punto de vista teórico y después de la vida práctica. La *unidad* viene dada por el texto mismo del que es preciso seguir el ritmo propio, resaltando sus proporciones. Por consiguiente es preciso ir de versículo en versículo, pero también puede ocurrir que los versículos no tengan todos la misma cualidad, y que el acento del texto presente variaciones. Sea lo que sea, el contenido esencial es el que debe determinar el desarrollo. Tomemos un ejemplo: Jn 1, 43-52. En este pasaje la predicación debe girar en torno a los versículos 47-48: Cristo conoce al predestinado Natanael; el resto está orientado hacia este núcleo.

No hay, pues, que buscar lo que es preciso decir en primero, segundo o tercer lugar. Obser-

vemos lo dicho. Y esto que hemos dicho es una sola cosa: la Palabra de Dios. Esta Palabra, no la podemos producir por nuestro ingenio. Sólo podemos testimoniarla.

La predicación no debe implicar obligatoriamente una *conclusión*. Es necesario detenerse con el texto. Si tuviera necesidad de una conclusión para resumirlo todo, entonces se habría perdido la ocasión. No se puede además terminar con la *applicatio*, porque la interpelación no vendrá nunca demasiado pronto. Evitemos citar versículos de cántico para terminar e introducirnos arbitrariamente en el cuerpo de la exposición. Una tentación peligrosa es concluir, a modo de exhortación final, con un gran aleluya. Esta puede ser la excepción, pero no la regla.

Finalmente la última palabra: *amén*, es en nuestra debilidad, una consolación. Creemos así que la Palabra de Dios es la verdad que hemos intentado testimoniar. Este *amén* nos apacigua y nos llama, con confianza, al trabajo de la próxima predicación.

